

MERCEDES SILVESTRE SEGOVIA

TODAS

SOMOS

Blancanieves

AVENTURAS DE
DOS ANCIANAS ADOLESCENTES

CALIGRAMA

100%

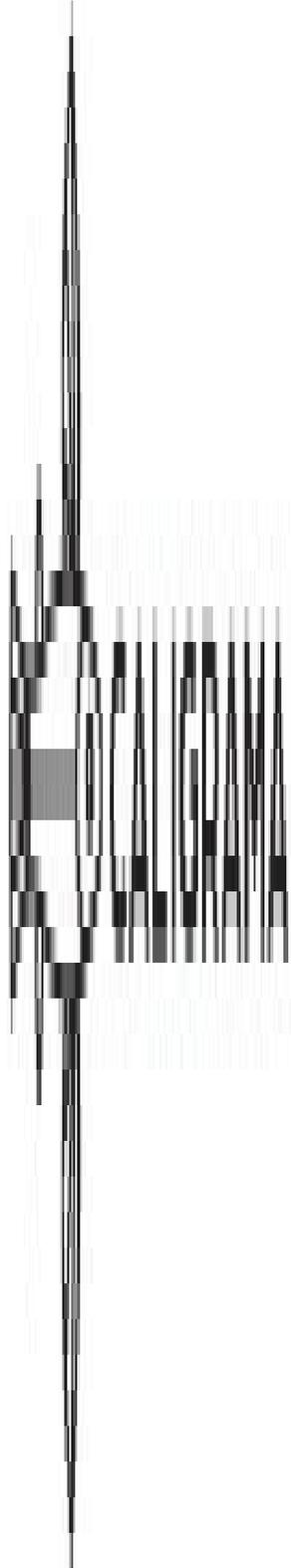
SOMOS

Blancanieves

TODAS
SOMOS
Blancanieves

AVENTURAS DE
DOS ANCIANAS ADOLESCENTES

MERCEDES SILVESTRE SEGOVIA



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Todas somos Blancanieves

Aventuras de dos ancianas adolescentes

Primera edición: junio 2018

ISBN: 9788417447250

ISBN eBook: 9788417447939

© del texto:

Mercedes Silvestre Segovia

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi cuñada Margarita

Capítulo I

La cita

Mi teléfono parpadea en la oscuridad de la noche y, medio dormida aún, miro la pantalla y veo que Jannett ha enviado varios mensajes que, junto con los de mi hermana, suman la friolera de veintidós. Apago el teléfono sin leerlos y dando media vuelta en la cama, vuelvo a quedarme dormida.

La luz del día me despierta; suelo dejar las cortinas de las ventanas entreabiertas porque me gusta ese despertar suave y delicado que te ofrece la luz que va cogiendo intensidad mientras se hace de día. Me encanta esa forma de saludar a la vida diaria.

Recuerdo los mensajes de la noche anterior y abro en el teléfono la aplicación WhatsApp. Empiezo por Jannett.

—«Ja, ja, ja. ¿Y por qué no lo violas tú? Serías la heroína de las feministas: Mujer de ochenta y nueve años seduce a un muchacho guapo de cincuenta años, lo lleva a la habitación del hotel y lo viola miserablemente. Después, lo abandona para que pague él la cuenta del hotel. ¡Por fin somos iguales a los hombres en todo! ¡Viva la violadora! Todas las cadenas de televisión y todas las revistas hablarían de ti. ¿Te imaginas? Ya sé que tú lo dices de broma, pero yo no».

No pude dejar de reír durante un buen rato. Mi cuñada Jannett tiene ochenta y nueve años, y este era el mensaje que me enviaba por WhatsApp después de recibir un par de mensajes míos.

Todo empezó con un *wassap* que yo le envié, en el que le contaba que tenía que ir a Málaga a dar una conferencia sobre el siglo XXI y la edad de la mujer madura. La novedad era que había quedado con un hombre con el que me escribía por Whatsapp desde hacía tiempo y quedamos para conocernos allí.

Su respuesta no se hizo esperar.

«Ten mucho cuidado, no vayas a sitios oscuros. Ve donde haya mucha gente, no des mucha información sobre ti».

La vi tan preocupada que no se me ocurrió otra cosa que gastarle una broma.

«No te preocupes, querida. Yo solo lo quiero para calentarme la cama y ver si cumple».

De inmediato, me di cuenta de que había soltado una barbaridad; a continuación, le escribí:

«Es broma».

Y la respuesta de ella fue ese mensaje que he comentado al principio y que me resultó sorprendente.

Yo tengo setenta y nueve años, casi ochenta; lo digo marcando bien las palabras para conseguir mayor impacto cuando lo digo, porque la verdad es que los llevo bien. La imagen de mi cuerpo y mi cara no se corresponde con mis años cronológicos, ya sea por la genética, por los arreglitos estéticos que me hago periódicamente o bien porque trabajo el cuerpo de forma eficiente desde hace años en el gimnasio.

A mí me gustaría que me dijiesen que aparento cuarenta años, pero no; a pesar de que llevo treinta años cuidándome, solo me quitan quince o veinte.

Todo empezó hace mucho tiempo. Tras una revisión general, me diagnosticaron osteopenia, y desde entonces practico ejercicio físico con una gran intensidad; no solo entreno con pesas, sino que también

hago natación, baile de salón y alpinismo con gente joven. Todo ello no solo para cuidar mi salud ósea, sino para lucir una figura de impacto, sobre todo cuando digo que tengo casi ochenta años.

Lo de la cita era verdad. Yo había quedado con Pepón, un camionero al que conocí hace bastante tiempo en una red de contactos de Internet y con el que desde hacía meses me comunicaba por WhatsApp. Él es un hombre divorciado; la separación lo dejó sin otro sustento que el camión con el que hace rutas por distintos puntos de España. Da la casualidad de que en la fecha en que yo tenía que trabajar en Málaga, él también tenía que estar allí, puesto que debía dejar en el puerto unos contenedores que transportaba en su vehículo.

No estaba planeado, fue un imprevisto y quedamos para tomar unas cañas al finalizar el trabajo.

Nos citamos a las ocho en la puerta del centro médico en el que yo iba a dar la conferencia. Él pasaría a recogerme al terminar.

No nos conocíamos personalmente, solo a través de las fotos que habíamos subido a la red de contactos, pero yo lo reconocí rápidamente. Lo que no podía imaginarme era su envergadura, ya que era un hombretón de más de un metro ochenta, fuerte, bien parecido y joven, muy joven para mí.

Nos sentamos en una terraza del paseo marítimo y nos tomamos un par de cervezas mientras hablábamos de nuestras cosas, de nuestra vida. Resultó ser un buen conversador, pues sabía de música, de cine y de teatro, supongo que por las muchas horas de radio al volante del camión. Tenía mucho nivel cultural.

Me habló de su situación personal. Me dijo que estaba separado, que tenía una hija poetisa de dieciséis años, que vivía con la madre y que él había tenido que volver a casa de sus padres por la delicada situación económica con que se quedó tras el divorcio.

—La vuelta al hogar con mamá —recalcó.

Yo conté pocas cosas debido a la advertencia de mi cuñada, pero sí le dije que estaba separada, aunque mantenía una buena relación con mi expareja.

Entonces, mientras estábamos bromeando, me propuso hacernos una foto juntos y mandársela a mi ex.

Me pareció una idea genial, así que la llevamos a cabo.

La foto nos la realizó la camarera. Nosotros estábamos de pie y como fondo salía el paseo marítimo; la verdad es que quedó estupenda, yo aparecía con un mocetón bien plantado a mi lado y ambos teníamos cara de felicidad. Parecíamos una pareja normal que había salido a pasear y a tomar unas copas.

De inmediato, se la envié a mi ex. Indudablemente, puse cara de mala mientras lo hacía, porque me reí por dentro. «¡Veremos qué le parece la foto! Seguro que le fastidia verme con otro».

También la mandé por WhatsApp a todas las amigas de mi lista. «Esto para chingar un rato», pensé.

Me pareció una actuación diabólica.

La velada con mi nuevo amigo fue agradable; me lo pasé realmente bien. Eso era, por supuesto, algo insólito para mí. Hacía muchos años que no había quedado para tomar copas con un hombre, y este además era joven, bastante atractivo y, sobre todo, un buen mozo. «Es una buena pieza», me dije yo.

Me gustan los hombres altos y con aspecto de leñador fornido; siempre me los imagino dándome un abrazo envolvente y yo perdida entre sus brazos. Me encanta fantasear con esto, porque cuando lo hago me siento abrazada de verdad.

Hace años que no vivo con mi exmarido, ya que tenemos vidas separadas, aunque nunca llegamos a arreglar los papeles del divorcio, quizás por desidia o por desinterés en rehacer nuestra vida. El caso es que oficialmente continúo siendo una mujer casada.

Mi ex era y es un hombre guapo, pero de mi altura; es decir, bajito, por eso mi inclinación hacia los hombres altos, porque a los bajos ya los conozco: abrazan torpemente, pues no les llegan los brazos, y encima a mi ex nadie le había enseñado a expresar sentimientos a través de un buen achuchón. Ni siquiera yo lo conseguí, y además a él no le gustaba dar abrazos.

Esa mañana había salido de mi casa ya vestida para la conferencia en Málaga. Tenía que cuidar mi imagen porque iba a hablar sobre la belleza y la edad, así que debía ir juvenil, algo *sexy*, pero también, a ser posible, discreta. Era difícil conseguir el aspecto adecuado para el acto, ya que tenía que mostrar que las mujeres a cualquier edad podíamos seguir siendo visibles e incluso deseables.

Suelo vestir siempre con pantalones; son cómodos para viajar, y si además son negros, solo cambiando la parte de arriba parece que vas diferente cada día. Mis pantalones suelen ser ceñidos, muy ceñidos diría yo, porque a fuerza de tesón y trabajo en el gimnasio he conseguido unos glúteos imponentes y me gusta enseñarlos. Elegí para ese día –sin pensar en la cita de por la noche, claro está– un jersey negro que alternaba zonas transparentes con partes más opacas y que dejaba entrever bastante bien la parte superior de mis pechos. Iba, por tanto, bastante *sexy* y atrevida.

A Pepón le debió de encantar mi atuendo, ya que durante toda la noche sus ojos permanecieron mucho tiempo fijos en mi jersey semitransparente.

– ¡Preciosos tus pechos!

– ¿Qué dices?

– Que tienes unos bonitos pechos.

Casi me da un pasmo. ¿Cómo que mis pechos son preciosos? ¿Dónde los había visto?

—Los he visto a través de la preciosa blusa semitransparente que llevas.

No supe si esconderme debajo de la mesa o salir corriendo.

Por el momento, crucé el chaquetón de cuero para taparme el busto. No me hizo gracia esa mirada; yo me había vestido para las mujeres que asistieron a mi conferencia, y no para seducir a ningún hombre. Se me había olvidado la cita nocturna al vestirme por la mañana.

Pese a este pequeño incidente de los senos, la velada fue agradable y quedamos en repetirla cuando el destino nos uniera por motivos de trabajo en las mismas fechas y los mismos lugares.

Al final de la misma, se me ocurrió preguntarle lo normal a una persona que no está en su casa:

—¿Dónde vas a dormir esta noche?

A lo que él respondió sonriendo:

—Si nadie me invita, dormiré en el camión.

—Yo no te invito —respondí rauda, y supongo que con cara de miedo.

Y ahí quedó todo.

Me acompañó al hotel. En la puerta nos dimos dos besos en sendas mejillas y nos dijimos adiós.

Sin embargo, no me fui tranquila porque me notaba inquieta, diferente; algo me estaba ocurriendo.

Volví a mirar la foto que nos habíamos hecho en la terraza del bar y me pareció que no se notaba la diferencia de edad.

Me miré en el espejo detenidamente mientras el ascensor subía a la undécima planta. La verdad es que me encontré estupenda, estaba guapa y joven; no me extrañó nada que Pepón me propusiera compartir la cama.

Me sentí deseada y el corazón empezó a latirme de forma acelerada.

¡Menos mal que me había llevado el tensiómetro y la pastilla para la tensión!

Capítulo II

El cambio

Afortunadamente, no había olvidado en casa los medicamentos para dormir, así que al acostarme tomé mi dosis habitual de Melatonina norteamericana y la media píldora de Lormetazepan. Fue una suerte, porque en el teléfono había cinco llamadas perdidas de mi ex, todas ellas recibidas a horas intempestivas, desde la una de la madrugada hasta las seis.

«¿Se le habrá quemado la casa?», pensé preocupada. Cuando le devolví la llamada, me contestó con voz somnolienta:

—No he podido pegar ojo en toda la noche, he estado muy preocupado por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Me has mandado unas fotos con un hombre desconocido a altas horas de la noche, y eso en ti no es normal. Pensaba que te habían secuestrado y querían pedir rescate.

Creo que las carcajadas que solté se oyeron hasta en la recepción del hotel. Lo tranquilicé.

—Solo ha sido un juego —le dije—. Así que continúa durmiendo y no te preocupes tanto, que ya soy mayorcita y sé cuidarme sola.

—Tú sabrás lo que haces. Eres muy mayor y a él se le ve bastante joven.

Volví a reír como una loca.

—No te preocupes, amor. Es simplemente un ligue, otro día te cuento. *Ciao*, cielo, y gracias por preocuparte tanto por mí.

Todavía con la sonrisa en los labios, continué leyendo los *wassap* recibidos durante la noche anterior,

Casi todos eran de cosas normales: saludos de amigos deseándote buenas noches o buenos días y vídeos preciosos con bellas imágenes y frases bonitas.

Sin embargo, había uno sorprendente. Mi hermana, que era diez años más joven que yo, me solicitaba una foto de la habitación del hotel. No entendía muy bien si quería una foto de la impresionante panorámica que se veía desde los ventanales del cuarto o si su deseo era cotillear el interior de la estancia.

Miré la cama donde había dormido y me sorprendió ver lo deshecha que estaba. Había seis almohadones desperdigados por ahí sin orden ni concierto y las sábanas estaban medio tiradas en el suelo.

La verdad es que la imagen podía dar lugar a confusiones, por eso coloqué bien las sábanas y las almohadas, hice la foto de rigor y se la envié por WhatsApp. No quería que mi estimada y malpensada hermana imaginara que no había dormido sola.

De todas formas, era imposible que mi hermana pudiera escamarse; ella no sabía nada de mi cita con Pepón. ¿O se lo había contado? No estaba segura, no lo recordaba; pero igualmente, ¿por qué iba a sospechar?

¿Podría alguien en su sano juicio pensar que una señora de casi ochenta años, seria y juiciosa, puede pasar la noche acompañada de un mozo guapo de cincuenta años?

¡Vamos! Es que eso no ocurre ni en las novelas. Pero la verdad es que yo había recibido una invitación formal para compartir cama esa noche.

Lo cierto es que el recuerdo de aquella velada oferta me llenaba el corazón de alegría. Yo, a mis años, con un hombre tan guapo. Debería haber aceptado. ¿Qué podía perder? La virginidad no porque hace años que la perdí. «Y con esa vida tan aburrida que vives, ¿no crees que te hubiera venido bien echar una canita al aire? Nunca mejor dicho lo de la canita, porque seguro que ya tienes toda la cabeza blanca, aunque con el tinte no te la veas. Como siempre, eres una tonta, Cándida. Habría sido estupendo volver a sentir en tu cuerpo las manos ardientes de un hombre joven. Muy probablemente te habría gustado. Pero ¡qué le vamos a hacer! Has perdido la ocasión; para no variar, te precipitaste. En fin, seguro que no habrá otra oportunidad».

Estaba segura de que le gusté y no se enteró de mi edad, porque como dice el refrán, «vale más una imagen que mil palabras», y como asevera esa otra frase hecha, «tiran más dos tetas que dos carretas».

«Y yo tengo dos buenos melones por pechos. Creo que volverá y habrá otra ocasión».

Mientras pensaba en estas cosas, fui hacia el baño para darme mi aseo personal. Ese día me di una ducha rápida, sin afeites ni maquillajes.

Además, en estos momentos me siento joven y no me duele nada. Digo esto porque la ducha para las personas mayores es terapéutica. Que si chorro caliente en el hombro que me duele por la noche, que si ahora la espalda para mejorar la espondilolistesis, que si la rodilla me duele también a veces, la mano izquierda atrapada ya por la artrosis... Lo de menos es la higiene; como dice mi paciente:

«Con jabón solo en los alerones y el motor». Así que ese día solo eso.

Los cuartos de baño de los hoteles de lujo están llenos de grandes espejos. Se supone que, como eres rica, estás estupenda y bien cuidada, por lo que no hay problema y puedes contemplarte de arriba abajo. El baño de este hotel tenía toda la pared lateral cubierta por un

espejo con tonos oscuros. Aunque hubiera tenido flacidez o celulitis, habrían sido invisibles, por lo que todo era perfecto.

Asimismo, no sé si estos espejos están colocados de una forma especial para que te veas siempre bien, no como los espejos deformantes de las ferias, en los que a veces pareces chaparrita y gorda y otras veces te ves alta y flaca. También creo que las luces del tocador deben de estar estratégicamente colocadas para favorecer la visión.

Sea lo que sea, la verdad es que lo que vi reflejado en él me gustó; era cierto que estaba magnífica, mucho mejor que hacía veinte años.

Siempre lo he tenido claro. A los cincuenta decidí no hacerme mayor, y desde entonces cumplo a rajatabla lo programado: ejercicio físico variado, musculación a tope, dieta adecuada y variada. Todo eso junto con los tratamientos cosméticos individualizados que necesite; poquita cosa, pero eficaz, que no se note que te has hecho nada. Yo soy la respuesta a tanta programación. Estoy estupenda; como dice la *choni* con la que entreno algunos días en el gimnasio, estoy «para mojar pan y no dejar ni gota». Me vuelvo a recrear con la imagen reflejada en el espejo, y la verdad es que no me sobra ni me falta un gramo. Seguro que el galán de la noche anterior no solo quería una cama blandita.

Me puse rápidamente el mismo pantalón negro ajustado, pero cambié el jersey semitransparente por otro de angora fucsia, menos atrevido pero muy favorecedor, y bajé al restaurante para desayunar.

El comedor era amplio y tenía grandes ventanales. Algunas mesas las ocupaban parejas de extranjeros de mediana edad, aunque la mayor parte eran hombres solos con aspecto de estar de viaje de negocios. Enfrascados en sus asuntos como estaban, no me vieron llegar. Yo me senté en una mesa cerca de las ventanas.

Tuve que levantarme en varias ocasiones para servirme el desayuno. Primero la fruta, luego las proteínas y por último el café, que esa

mañana acompañé de una porción de tarta. Debía de estar todavía bajo los efectos del *shock* que la cita nocturna me produjo, porque observé con cara de satisfacción cómo algunos de aquellos hombres levantaban sus ojos de las *tablets* o teléfonos para seguirme con la mirada.

Estaba claro, no era una mujer invisible.

Y como mujer visible que soy, después de abonar mi estancia en el hotel, salí con aire triunfador, con la cabeza alta y pisando fuerte. ¡Como cuando tenía veinte años!

¡Qué caramba! Lo hacía con más motivo, ya que soy una triunfadora.

Tener setenta y nueve años y que un pibón de cincuenta y seis quiera dormir conmigo es todo un éxito, así que pisa con garbo, reina.

Mientras caminaba por la calle, iba leyendo nuevamente los *wassap*.

Milagrosamente, no había mensajes nuevos, y como no tenía nada que hacer, me senté en un banco e inicié las conversaciones yo misma:

«¡Hola, hermana!», le escribí. Silencio por respuesta.

«¡Hola, hija! ¿Todo bien?». Silencio de nuevo.

Insisto y esta vez le escribo a mi cuñada: «¡Hola, Jannett!».

Ella contestó de inmediato.

«Hola, Cándida, buenos días. No te he llamado antes por si no estabas sola, no quería molestar. ¿Pasaste la noche con él?».

«Lamento decepcionarte, querida Jannett, pero él durmió en su camión».

«¿No te lo pidió? Yo estaba segura de que te lo pediría».
«Indirectamente sí que lo pidió».

«¿Y por qué no dormiste con él?».

«Porque no me pareció correcto ni decente».

«¿Te besó?».

«Sí, me dio dos besos en la mejilla».

«¡Pero qué tonta eres, querida! Menuda ocasión perdiste, seguro que luego te vas a arrepentir. Tonta, que eres una tonta. Con la buena noche que podías haber pasado».

Pareció hacerle mucha gracia lo que decía, porque envió un sinfín de «ja, ja, ja» y no volvió a escribir nada más en el WhatsApp.

Igual tenía razón mi cuñada.

Capítulo III

La noticia

Dicen que a los viejos no los llama nadie, que sus teléfonos están siempre en silencio. Pues yo seré adolescente, porque mi móvil no para de recibir mensajes constantemente.

Tengo que tenerlo en modo silencio, porque si no sería imposible trabajar o hacer cualquier cosa, ya que estaría todo el día con la dichosa musiquita.

Cómo se nota que mi hermana, mi cuñada o mis primas están jubiladas y disfrutan de tiempo libre; ellas siempre me envían muchas cosas: unas veces vídeos divertidos; otras, mensajes con textos sensibles y bellos. A veces, simplemente tienen ganas de charlar e inician una conversación a través de WhatsApp.

Miro el teléfono y tengo sesenta *wassap*. ¿Será posible? Hay una lista interminable. Jannett me ha enviado veinticinco, mi hermana quince. También tengo otros de amigos, conocidos, el jardinero, la enfermera, mi prima de Zaragoza, la prima de Valencia, la prima de Madrid y tres de Pepón, mi nuevo amigo de Internet.

Empiezo por orden de llegada y leo primero los de Jannett.

«Querida Candi, ¿estás ahí?

No sé nada de ti. Dime algo, *por fa*.

¿Qué haces que no contestas? Sabes lo mucho que me molesta que no estés disponible.

Tengo cosas importantes que contarte. ¡Contesta ya!

Claro, con esa manía que tienes de quitarte el sonido de WhatsApp no te enteras».

Mi cuñada Jannett tiene ochenta y nueve años, y tiene poquísima paciencia, como ya se ve. Hace un año falleció su marido tras una larga enfermedad, y desde entonces mantenemos una relación epistolar que daría para llenar un listín de teléfonos.

Es increíble esta mujer: activa, dicharachera, siempre de buen humor y, por supuesto, muy habladora. Creo que cuando está sola y tiene el teléfono cargando le hablará al espejo.

Al principio, sus mensajes tenían ese tono lastimero propio de una mujer que había perdido su objetivo en la vida, pero poco a poco nuestras conversaciones empezaron a tener un matiz distendido y hasta divertido. Realmente nos hicimos amigas del alma.

Mi cuñada no es una mujer vulgar; es una persona divertida, de mente abierta, con la que da gusto charlar. Creció en París, y eso la marcó mucho.

Siempre fue una moza espectacular y *sexy*. La edad no había deteriorado su aspecto y continuaba siendo guapa, diferente y atractiva.

Empiezo a escribir en el teléfono para que no se enfade más conmigo.

«¿Qué tal, Jannett? ¿Cómo estás? Perdona que no te contestara antes, pero es que estaba realizando un tratamiento».

«Me tienes muy desatendida, no me escribes. ¿Te puedo llamar? Tengo algo muy importante que contarte y prefiero hablarlo».

«Por supuesto que podemos hablar. Te llamo».

Contesta al teléfono al primer timbrado, y con voz quejumbrosa me dice:

—Candi, estoy muy enfadada. Hoy he salido de compras, y después de probarme en todas las *boutiques* de Marbella un montón de pantalones, no he podido comprarme ninguno porque todos me quedaban fatal. Esa firma tan buena que me recomendaste, Aninoto, cuyos pantalones me dijiste que hacían unos culos preciosos, ya no existe. Con la crisis han cerrado y todos los que me he probado me hacían un culo plano.

—No seas exagerada, Jannett. Seguro que no te quedaban tan mal; tú tienes buen tipo, estás delgada.

—Que no, que te digo que no. Todos fatal, tengo que poner solución a este desastre. Además, una dependienta con cara de buena me ha recomendado que usara unos nuevos *culottes* que llevan relleno y que ahora muchas mujeres llevan, incluso chicas jóvenes.

No le he dado un azote porque en estos tiempos en España te acusan enseguida de maltrato, pero me he quedado con las ganas. ¡Habrase visto! Me va a decir eso a mí, que siempre tuve un trasero que todas mis amigas envidiaban.

—Candi, lo que yo quiero es que me devuelvan mis glúteos de siempre. ¿Tú te acuerdas de ellos? Tan redonditos, tan erguidos.

—Bueno, cielo, no te preocupes. Te enviaré unos dibujos con unos ejercicios magníficos, y en unos meses verás los resultados y los tendrás otra vez redondos, turgentes y altos.

—No, Cándida, no quiero ponerme a entrenar como una loca y esperar resultados; se te olvida que tengo cerca de noventa años. Yo lo que quiero es tener los glúteos firmes ahora, no dentro de un año. ¿Me oyes? Los quiero ¡YA! Otra cosa que he pensado y que he visto en Internet... Parece que en Colombia te quitan grasa de un sitio y te la ponen en otro en un fin de semana, y en un santiamén sales sin tripa y con culo. Además, ya puestos me elevaré en la misma operación las tetas, que están como dos brevas. Venga, nos vamos juntas. ¿Cuándo puedes?

El teléfono se me cayó de las manos del susto. ¿Cómo se le ocurre a esta mujer ir a Colombia para ponerse tetas y culo?

—Mira, Jannett, creo es más sensato hacérselo aquí —le digo mientras pienso que lo importante es ganar tiempo—. Te buscaré un buen cirujano plástico, pero ahora vamos a dejarlo, pues tengo un poco de prisa por terminar unas cosas.

Cuando termino de hablar con ella, continúo con los mensajes pendientes. La mayor parte no tenían importancia: frases bonitas, fotos, vídeos, etcétera. Sin embargo, hay uno de Pepón que remata la faena del día. Realmente estoy asombrada, o alucinando en colores, como dicen los *guays*. Creo que lo de Pepón casi se podría considerar acoso.

Textualmente dice:

«La otra noche me quedé con ganas de darte un buen morreo. ¡Estabas tan apetecible! Me encantó tu blusa; la próxima vez, póntela de nuevo».

Casi me desmayé. Le contesté:

«Gracias por el aviso, en la próxima cita iré vestida de buzo, con escafandra incluida».

La verdad es que este chico me tiene preocupada. ¿Será posible que no se acuerde de la edad que tengo? ¿De verdad me verá tan apetecible? Saco el espejito del bolso y me miro. Creo que puedo pasar por una mujer de bastante menos edad. Pero ¿apetecible para un hombre tan joven? ¿Tendrá razón mi cuñada cuando dice que en la foto hacemos buena pareja?

«Bombón, ¿por qué no contestas? ¿Acaso no te gusta lo que te digo?».

«Pues sinceramente no me gusta lo que me dices, yo soy una persona seria y mayor y no estoy para estas cosas».

No sé por qué le contesto de esta forma tan seca y arisca si de verdad me gusta oírle decir que estoy apetecible, que estoy *buenorra*, como dirían los castizos. Pero es verdad que soy una señora y no puedo consentir que este hombre piense que soy terreno trillado.

Vuelve de nuevo a parpadear la luz de los mensajes, y lo peor de todo es que estoy deseando que sea él quien me escriba.

Pienso en él, y en ese momento mi corazón empieza a latir a un ritmo acelerado.

Abro el tensiómetro y me mido la tensión mientras leo los *wassaps*.

«Bombón, ¿te has ido? Me tienes en ascuas. ¿Por qué eres tan mala?».

«Hola, Pepón. Ya es muy tarde y pensaba acostarme pronto».

«¿Sola?».

Tensión máxima ciento treinta, mínima setenta y cien pulsaciones por minuto. Menos mal que por lo menos no me ha subido la tensión. Vuelvo a leer.

«¿Sola?», repite.

«No, con el gatito».

«¿Quieres que vaya? Sé dar unos masajes de muerte. ¿No te apetece?».

«Si quieres... Vale, te dejo venir».

«No me digas eso, bombón, que voy».

«Ja, ja, ja».

«¿Por qué te ríes? Si estoy dispuesto a ir volando».

«Ven en helicóptero mejor, creo se puede aparcar en la azotea».

«No te tomas nada en serio».

«Sí que me lo tomo en serio. ¿Dónde estás ahora?».

«Conduciendo el camión. Voy a Murcia».

«¿Ves? ¿Cómo vas a venir?».

«Con la imaginación. Deséame y verás cómo me encuentras a tu lado».

«Bueno, esto está adquiriendo un cariz que no me gusta. Te mando un beso y me despido».

«Siempre te enfadas».

«No, no estoy enfadada, pero sí algo cansada de tus bromas».

«No son bromas, bombón».

«Vale, Pepón. Buenas noches, que termines bien el viaje».

Apago al fin mi teléfono, lo pongo a cargar y me acuesto.

Imposible dormir. Antes de acostarme, me he tomado la Melatonina sublingual. Dos horas más tarde, lo he intentado con media pastilla de Lormetazepam y luego me he tragado la otra mitad de la píldora. Más tarde, otra entera, y al final me he levantado, he ido a la cocina, he calentado un vaso de leche –bueno, leche de almendras, ya que soy alérgica a la lactosa– y por fin me he dormido a las seis de la mañana. No sé si ha sido el morreo de Pepón o las exigencias de Jannett, pero la verdad es que entre todos me han robado el sueño.

Mañana no se me ocurrirá abrir los *wassaps* antes de acostarme.

Capítulo IV

Pepa, la peluquera

Siempre que voy a Alicante, aprovecho para hacerme las uñas de gel e ir a la peluquería. Allí tengo mucho más tiempo para mí porque son muy estrictas al hacer la agenda; dan las citas justas y terminamos pronto, así que tengo tiempo suficiente para acicalarme. Hoy necesito cortarme el pelo, teñirme las canas y ponerme mechas.

–Hola, Pepa, guapa. ¿Qué tal estás?

–¿Yo? Cojonuda. ¿No ves que se largó Antón y me dejó empantanada?

–Lo tratabas mal, Pepa. Yo lo veía.

–¡Qué mal ni qué leches! Era un vago y se creía que era el rey del mambo porque peinaba bien. No, aquí la reina soy yo, que se vaya a la mierda. ¡Habrase visto!

–Bueno, reina, no te enfades. Tranquilízate, que quiero que me cortes el pelo y no hay nadie que lo haga como tú, pero tampoco quiero que te entusiasmes y me acabes dejando como una hospiciiana.

–A ti te gustaba Antón, eso es lo que te pasa.

–Que no, Pepa. Es que él me había cogido bien el tranquilo.

–Ojalá le vaya bonito, como dicen los cubanos. ¿Y tú qué? ¿Te pasa algo? Pareces una muerta de lo apagada que te veo. A ti lo que te sucede es que el bobo de tu marido no te ha pegado un buen lametazo. Eso es lo que te ocurre.

Pepa es así de natural y primitiva. Además, presume de ello, dice que habla clarito para que se la entienda. Nos conocemos desde hace años; de niñas, jugábamos a la rayuela en la calle, y desde entonces nos queremos mucho, somos amigas del alma y confidentes.

– Querida Pepa, ya sabes que soy una abandonada. Mi marido se largó y me dejó; yo no tengo marido, tengo ex, y, por supuesto, no necesito que me dé lametazos.

– Pero ¿no te llevas tan bien con él? Pues cuando vaya, echad un polvo.

– Que no, Pepa, que no. Ya tuve bastante con ese golfo.

– Golfo o no, se lo está beneficiando la de La Tórtola Feliz. ¿No te fastidia eso?

– Anda, Pepa, córtame el pelo y cállate ya, por favor.

Mientras ella trastea con mi pelo, abro el teléfono y veo los *wassaps* recibidos.

– ¡Deja ya los mensajes! Por favor, no te muevas tanto, que te voy a dejar llena de trasquilones. Después te quejarás.

Me agarra con fuerza un mechón de pelo y tira de él. Aunque me hace daño y ella lo sabe, no se inmuta y vuelve a la carga.

– ¿Quieres dejar de reírte como una posesa? ¿Te quieres callar? Vamos a ver qué es lo que te hace tanta gracia.

Le muestro los *wassaps* que he recibido últimamente de Jannett, mi cuñada, y sus carcajadas provocan que las dos mujeres a las que estaban peinando sus empleadas se giren en sus asientos.

– ¿Qué dice esa loca? ¿Quiere ponerse un par de tetas y aumentarse el trasero? ¿Tu cuñada es la que conozco yo, la que vive en Marbella?

– Sí, esa misma.

– ¿La que tiene cerca de noventa años?

– Creo que ha perdido la chaveta.

– No, no es eso, guapetona. Lo que quiere es ligarse a alguien. Con lo perturbada que la veo, no me extrañaría que hubiera puesto los ojos en tu ex.

– ¿En mi ex?

– Claro, tonta. Quiere ser como tú porque tu ex le recordará a su marido y quiere follárselo.

– No digas tonterías, Pepa, por favor. Me parto de risa, eres tremenda.

– Mira, querida, entre la cara de pasmada que has traído hoy y lo que me has comentado de tu cuñada, lo tengo claro. Lo que necesitáis las dos es un buen novio.

– ¿Tú crees?

– Seguro. Además, me voy a encargar yo, porque vosotras sois un asco de tías, muy finas y exigentes, y así no vais a encontrar a nadie. Seguro que por Internet pululan un montón de hombres buenorros que buscan pareja.

No lo puedo resistir y río a carcajadas.

– No te rías tanto, vamos a ver. Además, lo necesitáis con carácter urgente. – Y saltando por encima de los carros llenos de utensilios de peluquería, se abalanza sobre el ordenador y empieza a escribir.

– Pepa, cariño, yo ya estoy en una de esas redes. No me abras otro frente.

– Ya está, ya no se puede borrar. Os fastidiáis, pero la verdad es que os va a venir de cine. Os vais a enterar.

Efectivamente, Pepa siempre estaba fardando de novios. Una vez era un italiano guapo que la visitaba; otra, un francés con el que vivía una gran aventura. En otra ocasión, era un político regional con el que se

emparejaba una temporada. Era incansable, y además tenía mucho éxito realmente, pese a sus casi cien kilos de peso.

Al llegar a casa, comprobé que mi amiga tenía razón. Encontré en mi correo privado un montón de mensajes de los que se convertirían posteriormente en mis nuevos amigos.

Había subido a *Two* todas las fotos que había encontrado, tanto en Internet como en su agenda particular. Allí estaba yo, tiesa como un palo delante de un BMW durante un viaje en moto que hice con mi hijo; la verdad es que vestida de motera estaba resultona, y mucho más delante de esa moto, pues no se sabía muy bien quién la conducía.

La muy bruja no puso nuestras edades por miedo al fracaso.

La mayor parte de los que contactaron conmigo fueron hombres jóvenes, así que aclaré mi edad inmediatamente.

«Tengo setenta y nueve años», escribí casi con soberbia. Y, sin embargo, esa información no fue óbice para que continuaran enviando mensajes.

Estaba claro, nadie se creía que yo fuera una anciana.

Empecé a seleccionar candidatos: este sí, este no. Dejé solo los hombres bien parecidos que contaran con setenta años más o menos, y aun así me parecían demasiado jóvenes.

Y llegaron más mensajes con fotos, nombres y edades; aquello era un auténtico vivero.

Recuerdo que al principio recibí un par de escritos sospechosos que eliminé de inmediato. También hubo un hombre que tras dos o tres mensajes me aseguró que podía hacer realidad todos mis sueños. Me sorprendí tanto que respondí rápidamente que todos mis sueños ya se habían hecho realidad, y a él también lo borré de la lista.

Muchos querían conocerme enseguida e invitarme a un café; por supuesto, también los borré. Al final me quedé solo con un señor mayor de Salamanca que cuidaba a su mujer enferma y con uno de cincuenta y seis años que era tranquilo y simpático. Desde entonces, cada noche me sentaba en el ordenador para contestar correos.

Un día, me pidió el número de teléfono para así comunicarnos por WhatsApp, ya que pasaba muchas horas conduciendo un taxi en Málaga y tenía móvil, pero no ordenador.

Le facilité mi número, y desde aquel día no solo nos mandábamos *wassaps*, sino que también hablábamos por teléfono muchas noches.

Mi marido, del que estoy separada, pero con el que mantengo una gran amistad, suele venir un par de fines de semana al mes. Salimos juntos a cenar y charlamos de nuestras cosas; él me habla de sus ligues de Internet con jovencitas de Indonesia o de sus achaques, los cuales esconde tras las lesiones deportivas. Yo empecé a contarle mis esgarces amorosos a distancia.

— ¡Muy interesada te veo con esos mensajes!

— No, querido. Simplemente me hace gracia que alguien a estas alturas me llame bombón como hace Pepón o se interese por mí un taxista guaperas de Málaga.

— Te conozco desde hace muchos años y veo últimamente un brillo especial en tus ojos.

— Que no, que no, que todo es inofensivo. A mí lo que me gusta es jugar.

— Bueno, tú sabrás lo que haces. Yo busco los ligues de Internet en Indonesia, México o en el extranjero en general, donde estoy seguro de que no me pueden encontrar, pero es que tú los buscas aquí mismo.

— Es que yo lo que quiero es encontrar a alguien que me abrace, me muerda, me bese y lo que haga falta, querido.

—Bueno, preciosa, tú misma. Ya eres mayorcita, pero procura no decir tu nombre de verdad, porque en Internet se sabe todo enseguida.

Noto en el bolsillo de mi pantalón la vibración del móvil, y como no respondo, al final veo parpadear a través de la tela la luz de notificaciones.

De vuelta a casa y antes de acostarme, abro la aplicación de mensajería.

«Bombón, ¿estás en casa?».

«Ahora sí. Son casi las dos de la madrugada, me voy a dormir. Hasta mañana».

«¿Por qué no has contestado antes?».

«Estaba cenando con mi ex».

«No te irás a acostar con él, ¿eh?».

«Por supuesto que no. Hace años que dormimos en dormitorios separados cuando viene a casa».

«Buena chica. ¿Le has hablado de lo nuestro?».

«Pero ¿cómo que lo nuestro?», me pregunto perpleja. «¡Joer con los hombres! ¿Será posible que me considere de su propiedad?».

Capítulo V

Culos

Esta mañana, mientras estaba aplicándome rímel en las pestañas, pensaba que seguramente llegaría la muerte a llevarme cuando me estuviera pintando los ojos.

No sé si estos pensamientos son cómicos o tristes, pero lo que no me parece normal es que a los setenta y nueve años que tengo permanezca todavía atada a la ardua tarea matutina del remozado facial.

No es que me guste hacerlo, claro está; es que tengo la obligación de realizarlo cada día debido a que todavía ejerzo mi actividad profesional.

Mi suegra, que era una mujer muy lista, decía con gracia: «Las mujeres tienen que pintarse de jóvenes para agradar, y de viejas para no desagradar». Los años han ido pasando y, como ella, he llegado a la misma conclusión. A eso he añadido que el tiempo dedicado a este menester es directamente proporcional a la edad; cuantos más años, más rato de acicalamiento.

Por lo tanto, cada mañana sigo el mismo ritual: limpieza, tónico, vitamina C, *sérum* con silicio y ácido hialurónico y la carísima crema que no sé si es hidratante, nutritiva o ambas cosas a la vez. Por la noche, el hábito es más sencillo: limpieza, tónico y el *sérum* graso, aunque últimamente se ha complicado con eso de la solución para hacer crecer las pestañas y repoblar las cejas; además, está el *roll-on* de los párpados para alisar arrugas y eliminar las bolsas de los ojos.

En total, estoy más de una hora frente al espejo por la mañana y por la noche.

He ido aprendiendo durante toda la vida la mejor forma de arreglarme para tener buena imagen, y desde luego estoy convencida de que ya soy una experta; el resultado salta a la vista, todo el mundo coincide en que soy una anciana con muy buena pinta. Dicen que brillo por fuera y por dentro, y es que soy una mujer feliz, cosa que se nota.

Además, ¡qué caray! He aprovechado todos los adelantos en temas de rejuvenecimiento que han ido apareciendo, por eso soy una mujer de los tiempos actuales.

Con la asiduidad correspondiente, me someto a tratamientos en las cabinas de estética. Me pongo en las manos de esteticistas expertas, práctica que también es una auténtica delicia.

A veces pienso que soy completamente biónica, y recuerdo aquel chiste antiguo de la mujer que se va a la cama, se quita la peluca y la deja en la mesilla. Se deshace de las lentillas y las pone en el frasquito, se quita los dientes y los mete en un vaso con agua. Todo ello va a parar a la mesilla de noche. El marido, asombrado, dice: «No sé dónde acostarme, si en la cama o en la mesilla».

Conmigo pasaría lo mismo, aunque yo todo lo llevo de forma definitiva y, por supuesto, no tengo que quitarme las lentes intraoculares, los implantes dentarios, la prótesis de rodilla, las extensiones del pelo ni, obviamente, las prótesis mamarias.

Desde luego, no nací con estas inclinaciones hacia la juventud y la belleza. Todo empezó cuando mi cuñada Virginia, que es quince años mayor que yo, me dijo cuando yo aún era treintañera: «Usa Eterna 27, que te irá muy bien para esas arruguitas que tienes en los ojos».

Me dejó hecha polvo.

A partir de aquel momento, los espejos de los ascensores eran altavoces que me gritaban: «¡Vieja, vieja, eres una vieja!».

Por supuesto, no me compré la crema. ¡Faltaría más!

Sin embargo, acudí de inmediato a un cirujano plástico de Barcelona para buscar una solución eficaz y rápida.

Fui la primera paciente en España a la que se le realizó un *peeling* de fenol puro y duro.

Estuve más de un año con la cara enrojecida. Todo el mundo me preguntaba si había tenido algún accidente; sin embargo, para mí el resultado fue excelente. Yo estaba contenta porque ya no tenía arrugas alrededor de los ojos cuando sonreía, y lo más importante es que jamás me volví a ver vieja.

Pero soy mayor, muy mayor, y por eso comparto con las mujeres de mi edad determinadas cosas, como por ejemplo la propensión a que el pelo de la coronilla se separe, se aplaste y aparezca un remolino.

La verdad es que odio ese remolino de mierda que decora mi coronilla. Por eso, antes de salir a la calle, cojo el espejito mágico de mano y me miro bien la parte trasera de mi cabeza, lo arreglo — siempre necesito recolocar el pelo— y le pongo laca para que no se mueva. Una vez estoy bien arreglada, salgo ya contenta.

Otro asuntillo relacionado con la edad son los preparativos de cualquier viajecito. Antes, cuando era joven, solo tenía que meter un pijama, unas bragas y el cepillo de dientes; y hala, a viajar. Incluso usaba el bolso de mano. Ahora necesito muchas más cosas: primero las medicinas, que no se me olviden. La de la tensión, la del colesterol, las vitaminas de todas las letras, el colágeno marino, la aspirina infantil, la Melatonina y el Lormetazepan, y eso aparte de todos los tarros de cremas, *serúms*, limpiadoras...

Después viene todo lo demás, que ya es casi nada, porque ¿para qué? Si con lo puesto y un cambio de ropa es suficiente. Lo menos

importante son cosas como el cepillo de dientes o el peine, que los dan en los hoteles de lujo a los que acostumbro a ir.

En el gimnasio suelo ejercitarme a veces con una muchacha joven que se prepara para competir. Es una chica muy divertida, algo obscena, pero siempre tiene frases graciosas, muchas veces no aptas para menores. Me río mucho con ella; trabaja también muy duro y solemos compartir mancuernas o poleas. Un día me dijo: «Te estás poniendo tan buena que tu culito está para partir nueces». No sé exactamente lo que quería decir, pero me resultó gracioso y yo me sentí halagada. Entre nosotras hay tanta camaradería que parece que somos de la misma edad, y eso que podría ser mi nieta.

La frase del culito me ha hecho mucha gracia. No sé cómo se pueden partir nueces con él, pero la verdad es que me ha recordado al profesor Pitanguy.

En una conferencia durante un congreso de Cirugía Estética, el profesor nos sorprendió a todos con estas declaraciones sobre los culos. Sí, han leído bien, él dijo CULOS.

Especificó que existían tres clases de culos, y con las manos dibujaba en el aire para apoyar lo que decía:

Están los CULOS normales, que eran, según él, normales.

Por otro lado, están los CULOS DE CONTI, que eran tan planos que parecían una continuación de la espalda.

Para terminar, los CULOS DE LÁGRIMA, que eran aquellos culos que te entraban ganas de ponerte a llorar al verlos.

Por supuesto, aquella tarde, cuando subí a la habitación del hotel después de las conferencias, me miré detenidamente por detrás y comprobé horrorizada que yo tenía el trasero completamente plano; por lo tanto, yo tenía CULO DE CONTI.

Desde entonces entreno con auténtica tenacidad cada semana mis glúteos; dedico un día entero para ellos, y hoy puedo decir con

orgullo que son casi iguales que los de Jennifer Lopez.

La razón por la que continúo con el ajetreo diario de mi acicalamiento personal es porque sigo ejerciendo mi profesión. Hago bellos a hombres y mujeres, ya que soy especialista en Medicina Estética Tecnológica y tengo que estar constantemente dando ejemplo.

No, no me voy a jubilar nunca, porque yo necesito como el respirar el contacto con la gente, el ajetreo de la empresa, estar siempre al día y no parar de idear nuevas terapias y nuevos procedimientos para conseguir los mejores resultados.

Me gusta el trabajo, pero lo que más me gusta es que me elogien por ello, cosa que eleva mi ego a cotas altísimas. Además, me pagan por mi trabajo; según dicen, soy la mejor, será por los muchos años que llevo ejerciendo.

Estoy segura que tendré que volver a confesarme. Esto es pura VANIDAD.

Capítulo VI

El tren

«¡Menos mal que he cogido preferente, porque con esta cola...!». Deberíamos ser como los ingleses, que tienen claro el número exacto de personas que puede haber en una fila. Para ellos, el número seis es la cifra máxima de espera, ni uno más ni uno menos. El que hace el número siete se va, no espera. Allí, sin embargo, había por lo menos cincuenta personas, todas alineadas frente al mostrador de embarque del AVE. Obviamente, todas estaban delante de mí. A mí no me gusta esperar —debería haber nacido en Inglaterra—, así que me dirigí de nuevo a la comfortable sala VIP.

No soporto las esperas.

Mi asiento era uno de esos que tienen otro justo enfrente con el que comparten mesa. Llegué a mi butaca cinco minutos antes de la salida del tren, y justo un segundo antes de que empezara a moverse, apareció por el pasillo un hombre de edad indefinida, algo extraño pero bastante atractivo. Lucía una barba larga con mucho pelo blanco entremezclado, llevaba una camisa blanca de lino por fuera del pantalón y unos chinos también blancos bastante ceñidos; no pasaba desapercibido. Saludó cortésmente, dejó sobre la mesa su portátil y un libro y desapareció.

Cuando las azafatas andaban ocupadas entregando las bandejas de la comida, él reapareció por detrás de ellas y solicitó comida vegetariana.

—No llevamos habitualmente ese tipo de comida —contestaron ellas
—. Debería haberlo solicitado al comprar el billete.

—No he tenido tiempo, he comprado el billete hace unas horas y me han dicho que era tarde para encargarse de la comida.

Se sentó y leyó sus mensajes atentamente.

Al poco rato, apareció una de las azafatas y le dijo que tenía que haber subido un pasajero que tenía solicitada comida vegetariana, pero como no se montó en el tren, tenía la comida a su disposición.

Por supuesto, aceptó encantado.

Cuando llegó su bandeja y la destapó, no pudo hacer otra cosa sino sonreír. En su plato había una cosa redonda, requemada y negra; parecía una especie de hamburguesa. Por supuesto, su plato era poco apetecible.

—¿Qué tal su comida?

Lo miré extrañada.

—¿Mi comida?

—Sí —respondió.

—Pues bien, era una pasta con una salsa blanca y champiñones; estaba buena. Se la podía usted haber comido.

—No, no es posible. La pasta tenía huevo.

Este fue el inicio de una larga conversación. También era médico, su especialidad era la relación de los enfermos mentales con los animales e iba a Madrid durante sus vacaciones anuales para profundizar más en ese tema.

El tiempo del viaje transcurrió rápido, y de pronto ya estábamos en Atocha. Al despedirnos sonriendo, me pidió mi número de teléfono. Me sonrojé, pero busqué en mi bolso y le entregué una tarjeta.

No sé por qué, pero bajé del vagón muy erguida, fijándome en mi forma de caminar y cruzando bien las piernas, como si en vez de caminar sobre el andén de la estación lo hiciera sobre una pasarela de desfile.

Está claro que las mujeres jamás dejamos de ser coquetas. Bastó que me pidiera la tarjeta personal con mi teléfono para que la magia me transformara en hada.

En una novela que leí hace muchos años, decía la escritora Carmen Rigalt que las mujeres a cierta edad nos hacemos invisibles. Lo que no especificaba es a qué edad nos hacíamos invisibles, si nos ocurre a todas o solo a algunas y si debemos reunir además ciertas características para tener acceso a la invisibilidad. Lo que queda patente es que yo aún no soy invisible.

Unos días después, recibí un *wassap* de un número desconocido.

«Hola, Cándida, soy Adrián. Nos conocimos en el tren el otro día».

«Hola, no sé quién eres».

«Soy el médico vegetariano, compartimos mesa el otro día en el tren. ¿No te acuerdas?».

«Sí, te recuerdo perfectamente. ¿Qué tal tus vacaciones?».

«Van muy bien, pero no conozco a nadie aquí. ¿Te apetece que nos veamos y tomemos juntos un té?».

«Me parece perfecto. ¿Dónde quieres que nos veamos?».

«Mira, yo hago unas infusiones magníficas, soy un gran experto. ¿Por qué no vienes a mi estudio y te enseño mi proyecto?».

«De acuerdo, mándame la dirección por WhatsApp y te veo en una hora».

El apartamento estaba en una zona del centro y fue fácil localizarlo.

– ¿Lo encontraste fácilmente?

– Sí, he venido en taxi porque me molesta buscar aparcamiento.

– ¿Te gusta el té?

– Sí, por supuesto.

– Te he preparado un té indio masala, seguro que te gustará.

Con las dos tazas de té nos sentamos frente a una mesa de estudio. Las sillas estaban juntas, pegadas una a la otra, de modo que al sentarnos en ellas casi nos tocábamos.

Sacó un montón de folios de una gran carpeta y los esparció por la mesa.

– Mira, este es el trabajo que estoy haciendo. Es sobre los niños autistas y las mascotas.

El trabajo era magnífico. En un momento determinado, su mano se deslizó por mi brazo. Durante un segundo pensé en retirarlo, pero no lo hice, así que su mano acarició mi brazo desnudo.

– Voy a por un pañuelo que tengo en el bolso – dije mientras me levantaba y me dirigía hacia la mesa auxiliar en la que dejé mi bolso al entrar.

Lo que yo quería era librarme de aquella tensión, pero no sirvió de nada. Él también se levantó, y cuando me agaché para coger el pañuelo, me agarró por los hombros y me besó el cuello.

– *Joer*, Cándida. ¿Y ahora qué hago?

Yo no tuve que hacer nada porque no tuve tiempo. Me giró y me besó en la boca.

«Cándida, guapa, ¡esto está estupendo!», dijo mi Pepito Grillo. Y haciéndole caso, me dejé besar.

«Madre mía, qué bueno está este tío. Es increíble cómo besa, cómo abraza. ¿Dónde terminará esto?». Y terminó como era de esperar, con

ambos tumbados en el sofá cama del pequeño apartamento.

¡Menos mal que ya era de noche! ¡Menos mal que no encendió ninguna luz del estudio! Solo las luces que entraban por la ventana procedentes de los fluorescentes de la calle iluminaban tenuemente la sala. En aquella penumbra, yo me sentía segura.

– Cándida, eres hermosa. Me encandilaste desde el primer momento en que te vi en el tren; además, eres alegre, inteligente y divertida. Desde entonces deseé vehementemente que llegase este momento. Parece increíble, pero sabes entregarte al hombre y sabes dejarte amar. ¿Volverás?

– ¿Cómo no voy a volver? Volveré todos los días que estés aquí y dejaré que me ames con la misma intensidad que hoy.

Cuando salí del estudio, aún me temblaban las piernas. Habían pasado muchos años desde la última vez y estaba desentrenada. «Seguro que mañana tendré agujetas, en mi entrenamiento personal no incluyo esta zona de mi cuerpo. Me vendrán bien estos ejercicios para tensar los músculos de la pelvis, que los tengo muy abandonados».

Capítulo VII

La confesión

¡Señor, lo siento! Ya sé que tú amas la pureza, ya sé que mi cuerpo no es mío. Lo sé todo desde hace miles de años. No sé cómo he podido caer de esta forma. Lo siento de verdad. ¡Perdóname, Señor!

– *Ave*, María Purísima.

– Sin pecado concebida.

– Padre, hace quince días que no me confieso. Me acuso de haber estado con un hombre que no es mi marido durante siete días.

– ¿Cómo es posible que hayas caído, hija?

– Estoy muy necesitada de amor, soy una mujer abandonada desde hace mucho.

– ¿Cuántos años tienes, hija?

– Casi ochenta.

– ¿Cómo dices? No te he oído bien.

– Sí, padre, tengo casi ochenta años.

– Bueno, hija. Dios te ama, aunque no estés en gracia de Dios.

Sin darme cuenta, dejé de oír al sacerdote, que estaba hablando sobre la gracia del perdón de Dios. Como reza el dicho, se me fue el santo al cielo. Todo empezó cuando me puse a pensar que la gracia de la misericordia necesita el dolor de contrición por haber pecado, pero también el propósito de enmienda, de no volver a pecar más. Sin

querer, recordé las escenas vividas la semana anterior y comencé una oración bien distinta a la que supuestamente debería hacer:

«Señor, te doy gracias por las vivencias de esta última semana. Ya sabes que te amo sobre todas las cosas y deseo estar contigo y disfrutar de tu presencia cuando ya me haya muerto. Pero Señor, hacía tantos años que no había notado en mi piel otra piel, otro calor... Tú sabes que estaba bastante distante, incluso contigo, Señor. Cuando oraba, lo hacía de forma rutinaria, tibia. Sabes que yo rezaba pidiéndote fervor, pidiéndote pasión, y por fin me lo has dado. Has despertado en mí el fuego amoroso que todo lo invade, y ahora hasta mi amor por ti ha aumentado. Te doy gracias, Dios mío. Escuchaste mis súplicas y me despertaste del largo letargo».

– ¿Algo más, hija mía?

La voz del sacerdote me sacó de mis ensoñaciones. ¿Será posible que sea tan estúpida que me distraiga incluso en el confesionario?

– No padre, nada más.

– Como penitencia harás dos obras de misericordia hacia tus semejantes que no consistan en dar dinero.

– ¿Y qué hago? No es fácil encontrar personas para hacer algo por ellas. Dar dinero es fácil, pues siempre encuentras a alguien que te lo pide. Pero ¿ayudar? ¿Así, a palo seco?

– Pues por eso no vale dar dinero, debes hacer algo por tus semejantes.

– ¡Menuda penitencia! ¿Y ahora qué hago?

«Bueno, Señor, tú me inspirarás, porque no sé qué puedo hacer. De todas formas, te doy gracias por el perdón. No te prometo nada, haré todo lo posible por no volver a pecar más, pero una vez iniciada... La verdad es que tengo algo de miedo, ya que todavía está por ahí Pepón escribiéndome mensajes e insistiendo para que nos veamos».

«Todo es cuestión de decir NO. Ya sabes, NO. Como el señor Sánchez, para el que no es no y Santas Pascuas».

Salí de la capilla tranquila y feliz, dispuesta a buscar un depositario de mi penitencia.

Caminé por la calle con la cabeza gacha pensando qué hacer. De pronto, vi ante mí a una señora mayor – aunque seguro que era por lo menos diez años más joven que yo – cargada con unas bolsas grandes.

– Señora, ¿me deja ayudarla?

La señora salió corriendo con cara de susto y cruzó la calle tan deprisa que casi la atropelló un coche en su huida.

«Está claro que esta no vale, ya que no se ha dejado ayudar». Continué caminando por la amplia acera que todos los Ayuntamientos de España han extendido gracias a Zapatero. Mientras tanto, iba pensando en el gusto que daba poder caminar por las calles con estas aceras tan anchas. Bueno, a veces delante de los bares las aceras están invadidas por mesitas y sillones para los sufridos fumadores. ¡Quién nos lo iba a decir! Parece mentira que los fumadores sean capaces de interrumpir una comida y salir a las terrazas para fumarse un cigarrillo y luego volver a la mesa para seguir comiendo. Desde luego, me lo cuentan y no lo creo. Pero es verdad, lo hacen como corderitos sin rechistar, sin rebelarse. Y no hablemos de los dueños de restaurantes que habían invertido un dineral en hacer zona de fumadores y de no fumadores. Ensimismada con estos pensamientos, casi tropecé con una gitana embarazada que pedía dinero para pañales.

¿Cómo es que no me había dado cuenta? Ella era la solución. Salí corriendo hacia la farmacia más cercana y compré tres paquetes grandes de pañales. «Esto será suficiente como misericordia».

Regresé rápidamente a la esquina donde había tropezado con la gitana y ya no estaba. Miré por doquier, en una esquina y en la otra; no había ni rastro. Tendré que volver a casa cargada con los tres paquetes grandes de pañales.

«¡Joer con el curita! Con lo jovencito que era».

Creo que esto va a ser casi tan difícil como confesarme. ¿Se puede creer alguien que una vieja de casi ochenta años haya pecado de lujuria con un pibón de cincuenta? Realmente, a mí me lo dicen y no me lo creo.

Empezó a llover. Afortunadamente, esa mañana había metido en mi bolso un paraguas. Llevaba los tres paquetes de pañales, mi bolso y el paraguas; todos juntos hacían la tarea bastante difícil. De pronto apareció la solución a mi problema. En un rincón había un señor mayor –creo que esta vez era de mi edad– escondiéndose de la lluvia, así que me acerqué con mi mejor sonrisa y le ofrecí mi paraguas, intentando de esta forma solucionar mis dos problemas: por un lado, el de la penitencia y por el otro, el de no saber qué hacer con tres bultos y dos manos.

–Por Dios, señora, esto no es posible. Yo soy un caballero y no puedo consentir que una dama cargada se moje. Vayamos juntos, yo le llevo el paraguas y así nos guarecemos los dos.

–Muchas gracias –contesté.

–¿Hacia dónde va usted?

–Hacia donde vaya usted. Yo soy jubilado y no tengo nada que hacer, así que me acaba de obsequiar con la posibilidad de acompañarla hasta su domicilio y llevarle los paquetes.

«Joer, joer, joer. No consigo ayudar a nadie y encima me cae este pelmazo. Seguro que se pone a contarme batallitas».

«Cándida, eres tonta, como siempre. ¿No te has dado cuenta de que es tu oportunidad? Que me acompañe este señor debe de ser una de las penitencias. Yo lo contaré como una por si acaso».

– ¿Vive aquí?

– No, solo trabajo aquí de vez en cuando.

– ¿Aún trabaja?

– Sí.

– ¿En qué trabaja? Si es que se puede saber, claro.

– Soy veterinaria – dije mientras pensaba: «que se joda el viejo» –. No querrá que le cuente ahora mi vida, ¿no?

– ¿Y qué hace una veterinaria para que la llamen y tenga que venir?

«¡Mecachis en la mar salada! ¿Y ahora qué le digo?».

De pronto, me acordé del médico del tren, mi amante. Y con cara de satisfacción por haber encontrado la respuesta, le dije:

– Hago estudios sobre la saludable relación de los animales con los humanos.

En ese momento, vi llegar un taxi libre, di un salto, levanté la mano y lo paré.

– Puede quedarse con el paraguas porque yo ya no lo necesito. Adiós y gracias por la compañía.

Allí lo deje parado, cargado con los paquetes de pañales. De una tacada conseguí hacer las dos penitencias y librarme de los terribles pañales.

Capítulo VIII

Alcalá Meco

WhatsApp, WhatsApp, WhatsApp. Siempre WhatsApp. Todo el día recibiendo mensajes. Estoy hasta las narices de tanto WhatsApp, de verdad. Como tengo tantas amigas ya jubiladas, con tantos nietos y sobrinos-nietos, están mandando y recibiendo continuamente mensajes. A veces son religiosos, otras son de risa, sentenciosos, políticos...

Yo soy una mujer trabajadora; paso consulta en cuatro sitios diferentes y necesito tener un método para comunicarme rápidamente, por eso tengo siempre abierto el teléfono: para que entren mensajes por si hay modificaciones en la agenda o algún incidente. Además, quiero estar siempre en contacto con mis hermanos y con mis hijos, pues quiero saber si están bien. Y por supuesto, también con mi cuñada. Pero muchos días nada más coger el teléfono tengo una cantidad enorme de mensajes, y eso me encoleriza bastante. Hoy, sin embargo, he recibido uno un tanto misterioso de parte de una amiga.

«Cándida, ¿conoces un buen abogado?».

El mensaje es de Loly, una amiga de la infancia con la que fui uña y carne durante muchos años. No obstante, hace mucho tiempo que no nos hablamos. Ella vive lejos y tiene una vida ajetreada porque además de llevar su casa se encarga de criar a sus nietos. Poco a poco dejamos de llamarnos por teléfono y nuestra relación ha quedado

reducida a las consabidas felicitaciones de santos, cumpleaños y Navidad. Esa es la razón por la que este mensaje me ha sorprendido.

«¿Te pasa algo?», le contesto también por WhatsApp.

No tarda en llegar su respuesta.

«Estoy muy angustiada, llámame».

La llamo inmediatamente, y después de los saludos de rigor, me dice:

– El idiota de mi marido se ha metido en un buen charco, y todo por vago e indolente. Ya sabes que tenemos una empresa desde hace muchos años; la llevaba mi marido con su socio. Pues bueno, el socio se largó hace algún tiempo con la secretaria, una chica monísima hija de unos amigos íntimos, y se llevó no solo todo el dinero que pudo coger, sino toda la documentación de la empresa. Además, parece ser que jamás hizo declaración de sociedades ni pagó un euro de IVA u otros impuestos. Mi marido es tonto además de vago. Siempre le dejó hacer de todo con tal de que no lo molestaran; hasta la declaración de su propia renta se la hacía, porque claro, como él no la pagaba, esa sí que la realizaba. Pues nada más irse, como si lo estuvieran esperando, apareció Hacienda en el despacho.

»Mi pobre Pepe, que es corto de cabeza, los dejó entrar y llevarse todo lo que había en los ordenadores. Total, que hace unos meses fue el juicio por delito fiscal y lo han condenado a dos años de prisión y quinientos cincuenta mil euros por la maldita sociedad en la que él es el administrador único. Por supuesto, no tenemos dinero ni bienes.

– Loly, ¿cómo has dejado que esto ocurriera?

– Ya sabes cómo son los hombres... Siempre que dices algo, te mandan callar.

– ¿Tú qué sabes, lista? Te dicen que te calles y tú te callas y dejas hacer.

– Pero aunque yo no tenga ni idea, sí sé que no se pueden dejar las cosas sin hacer. También hay que mirar al menos lo que hacen los demás. Y sé que pagar a Hacienda es primordial.

»¿Te puedes creer que no me había dicho nada hasta ayer? Y porque vio que el asunto era grave con la salida de la sentencia. Según él, no quería preocuparme. Lo que no quería es que le calentase la cabeza con mis reproches.

– Querida, no te angusties. Ya solo queda apelar.

– Apelar sí, eso espero. Para eso te llamo. ¿Conoces algún buen abogado?

– Conozco a una mujer, es una profesional magnífica.

– ¿Una mujer? No querrá una mujer. Él siempre sale con el chistecito del loro y las mujeres cada vez que le digo algo.

– ¿Un chiste? Pero ¿está para chistes en estas circunstancias?

– No, es el chiste de siempre, es muy antiguo. Es ese en el que un hombre se compra un loro y tras varios días lo lleva a la tienda para devolverlo. El dependiente le pregunta si no le ha gustado el loro y él le responde que no, que le ha vendido una lora en vez de un loro y que no para de llevarle la contraria en vez de hablar.

No puedo hacer otra cosa que echarme a reír. En semejantes circunstancias y aún con ganas de chistes...

– Bueno, Loly, pues tú dirás.

– No me atrevo, dirá que la abogada solo habla para llevarle la contraria.

– Buscaré entre mis amigos a ver si alguien conoce a un buen abogado masculino. Por cierto, ¿tenéis una hija? ¿Qué estudia?

– Mi hija cursa tercero de Derecho.

– Pues hala, guapa. Ya puedes empezar a enseñarle cómo va a ser su vida profesional si se dedica a la abogacía.

—No me había dado cuenta. Su padre se empeñó en que hiciera Derecho.

—Ya le puedes decir que debe hacer oposiciones a judicatura. Esto, querida Loly, es una magnífica venganza. Las juezas femeninas son increíblemente duras e intransigentes, así los ajusticiados masculinos sabrán por fin lo que es tener miedo de verdad. Ya he oído en más de una ocasión preguntar antes de un juicio si es mujer u hombre el juez.

Nos reímos juntas. Han pasado los años; las mujeres oficialmente nos liberamos, pero parece que quedan muchos rescoldos de machismo en la sociedad masculina. Le prometí hacer algo por el cernícalo de su marido.

Hace un rato que acabo de recibir un nuevo mensaje de Loly.

«No es necesario que busques a nadie. Él no va a recurrir la sentencia; además, dice que tampoco tiene dinero para pagar la multa, así que de todas formas va a terminar en la cárcel. Pero lo más gracioso es que en el fondo está contento, Cándida».

«¿Contento? ¿Por qué?».

«Dice que seguramente irá a Alcalá Meco y que con él serán mayoría».

«¿Mayoría? ¿Mayoría de qué?».

«Del Partido Popular».

Capítulo IX

Marbella

Estoy bastante preocupada con la historia de Jannett. Tengo que ir a verla, no puedo dejarla así. Es capaz de llevar a cabo todas esas tonterías que quiere hacerse.

¿En qué cabeza cabe que una señora de casi noventa años quiera agrandarse los pechos o el trasero? Además, ningún cirujano sensato se atrevería a semejante disparate. Una anestesia general para una intervención de estética, eso es impensable. ¡Menudo riesgo sin necesidad!

En ese momento, decido visitarla en su casa y dedicarle unos días, pues estamos en enero y el trabajo escasea. Por otro lado, en Marbella en estas fechas debe de haber poca gente y estará deliciosa. Así me servirá de descanso.

Enciendo el teléfono para mandarle un *wassap* y lo encuentro, como siempre, lleno de mensajes. Vuelvo a ver los de Pepón, los de mi hermana y también de ella. Armándome de paciencia, empiezo a leer.

«¿Qué tal, bombón? ¿Cómo has empezado el día? Hoy es lunes y lo tengo libre. ¿Nos vemos?».

Casi entro en estado de *shock*. Pero ¿este hombre no me va a dejar nunca en paz?

Continúo leyendo:

«¿Voy a buscarte a tu consulta?».

Está claro, es incansable. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí? Si soy una persona mayor en el ocaso de su vida que quiere vivir en paz; no deseo empezar de nuevo con los encuentros amorosos. Lo de Adrián fue un episodio, un *lapsus* en mi vida, no quiero seguir así continuamente.

De momento decido no contestarle; ya lo haré más tarde cuando esté más serena.

Interrumpo la lectura de los mensajes y le envío uno a mi cuñada.

«Querida Jannett, llego mañana sobre las doce. Un beso».

Mi cuñada vive en un bonito chalet en una urbanización de lujo. Es una casa de estilo americano con dos plantas y un gran jardín privado; tiene espacio suficiente para piscina, pero ella prefiere la amplitud, la textura y la temperatura del agua del mar, que en el Mediterráneo es especial.

Había olvidado todas las comodidades con las que vive Jannett. Al recordarlas, me sentí llena de satisfacción por la decisión que había tomado. Pasaría seguramente unos días muy agradables disfrutando de Marbella y también de su compañía y su grata conversación, que eso era lo más importante.

Viajar para mí es un auténtico deleite. Me gusta desplazarme hacia otro lugar, pero también el medio de transporte en sí. Lástima que ya no existan aquellos maravillosos trenes de carbón en los que se te llenaban los ojos de carbonilla cuando mirabas por las ventanillas y los vagones te mecían de un lado a otro, como si fuesen una cuna de bebé. Eran geniales, podías pasar perfectamente un día entero en el tren para ir de Sevilla a Barcelona.

Aprovecho la quietud del vagón y abro mi móvil. Para no variar, WhatsApp está lleno de mensajes. Los repaso y miro el que más me apetece.

«Bombón, ¿cómo estás?».

¡Bombón! Qué bien suena. Soy tan estúpida e inconsciente que me gusta que este hombre me llame bombón. ¿Será posible? Cándida, guapa, decidiste que no quieres rollos; ya eres vieja, quieres estar tranquila y no tienes edad ni circunstancias para enrollarte con un pibón de cincuenta años que bien podría ser tu hijo. Apaga el teléfono y no contestes. Vigílate, reina. Ten cuidadín, no vuelvas a caer.

Sin embargo, con la boca llena de saliva por el gusto, continuó leyendo, pues hay bastantes mensajes de él.

«Tengo tantas ganas de volver a verte... Se me hizo corto nuestro encuentro. ¿No tienes tú ganas de verme? Te lo digo en serio, pienso en ti cada día. ¿Qué digo? Cada minuto. ¿Cuándo quedamos?».

La verdad es que recibir en tu teléfono este tipo de mensajes, sobre todo teniendo la edad que tengo, hace que tu corazón empiece a latir como un poseso. Ochenta, noventa, cien pulsaciones por minuto.

Mi corazón el verano pasado me dio un susto y a veces sufre episodios de taquicardia. Nunca pasa de los cien latidos por minuto, por lo que no tengo que preocuparme, pero con estos estímulos no sé qué puede pasar. No creo que a mi cardiólogo le guste mucho que reciba estos mensajes tan impactantes. Yo no se lo voy a contar, por si acaso.

Cierro el teléfono, lo aprieto contra mi pecho, entorno los ojos y me enfrasco en esa sensación tan placentera que Pepón me produce cada vez que me dice esas cosas.

Por fin llego a Marbella con la felicidad que siento reflejada en mi rostro. Recojo mis cosas y bajo del tren; en la zona donde esperan los familiares hay un mozo guapo con un cartel en el que pone mi nombre, así que me acerco a él y me identifico. Él se presenta:

—Soy el asistente de la señora Jannett, viuda de Asensi. El coche lo tengo aquí fuera aparcado.

Y cogiendo mi pequeño maletín, me conduce hasta el coche, me abre la portezuela de un Lancia Beta Cupé y se sienta al volante. Conduce con suavidad y rápidamente nos acercamos a la urbanización donde vive mi cuñada.

Por el camino me comenta que Jannett está todavía muy triste por la pérdida de su marido, aunque aparentemente esté bien. Ha cambiado su forma de vestir y va a fiestas. Pero él, que la conoce desde hace mucho tiempo, nota que el luto lo lleva por dentro.

Por eso me agradece que venga a pasar unos días con ella.

Yo no tenía esa idea de mi cuñada; me parecía que los cambios en su forma de vestir, pintarse y vivir eran el resultado de la nueva e intensa relación que manteníamos. No imaginaba que esa imagen fuera un simple montaje.

«Tendré que estar alerta con ella», pensé. No me cuadraban las ganas que tenía Jannett de ponerse tetas y culo nuevos con la tristeza. ¿Tendría razón Pepa?

Cuando llegamos a la casa, Jannett bajaba por la gran escalinata vestida simplemente con una bata de gasa blanca que cubría un bañador también blanco, el cual dejaba al aire sus piernas bien contorneadas.

— Querida, ¿cómo estás? ¿Qué tal tu viaje? ¿Cansada?

Estaba claro que esa no era la apariencia de una viuda triste.

— ¿Te apetece venir a nadar en el mar?

— No, cariño, prefiero esperarte descansando en el jardín.

— Permítame que la acompañe a su dormitorio, señora. Si acepta una sugerencia, le aconsejaría que mientras nuestro fisioterapeuta espera a que doña Jannett regrese del baño, le diera a usted un masaje para las contracturas. Después del viaje seguro que lo necesita.

Aunque sorprendida, acepté la invitación encantada. Dicho y hecho, me tumbé sobre una especie de colchoneta en el suelo de una espaciosa habitación. Mientras tanto, unas manos expertas me transportaron a un cielo imaginario.

Tanto el fisioterapeuta como el asistente eran dos hombres espectaculares.

Aquella noche no salimos, cenamos en casa y abordamos el tema por el cual yo había ido a Marbella. Ella continuaba con la idea de querer tener mis tetas de cuatrocientos cincuenta gramos de silicona y mi trasero, conseguido tras horas y horas de duro entrenamiento. Según decía, me tenía envidia sana.

Había recibido varios mensajes de diferentes hombres de la red de contactos, pero ninguno le gustaba. Ella decía que yo había tenido suerte, que por el precio de uno tenía dos, mi marido –del que estoy separada, aunque sin papeles– y Pepón, que era un bombonazo.

Me quedé estupefacta. ¿Bombón? ¿De dónde había sacado ella lo de bombón?

Evité contarle mi pequeña aventura con el compañero del tren, no fuera a querer conocerlo también.

–Mira, guapa, no me fastidies. Tú tienes aquí un elenco perfecto entre el masajista y el asistente, pues ambos quitan el hipo. ¿Para qué quieres un camionero?

Mi cuñada soltó una carcajada.

–Aprendí de tu marido aquello que dijo: «Cuando las mujeres quieren sexo, no tienen que pagar para tenerlo». Los hombres, sin embargo, si quieren sexo tienen que pagar, y yo sigo su observación, que siempre me pareció muy acertada. Es muy listo tu marido. No tengo sexo con ellos porque solo son mis floreros. Les pago por servirme, y además, no son mi tipo. Ahora, si me saliese uno como... bueno, entonces sería diferente, por eso tengo que estar preparada.

– ¿Si aparece... quién?

– Tu marido. Tonta, que eres una tonta. No me extraña que te llames Cándida. Me recuerda a mi Julio cuando era joven; eran clavados los dos hermanos.

Creo que, si me pinchan, no me sale sangre. ¿Mi marido?

Nos reímos juntas y comprendí en aquel instante que mi viaje sería infructuoso.

Regresé a los dos días y empecé a buscarle un cirujano.

Capítulo X

El beso

Estando ya en el tren tras regresar de Marbella, abro de nuevo el teléfono para ver si tengo mensajes, Como siempre, tengo un montón de *wassaps*: Pepón me ha escrito varios, y también mi hermana, mi marido, Jannett y varias pacientes.

Leo primero los de Jannett.

«Candi, amor, no te enfades conmigo. Ya sabes que eres mi ídolo, mi modelo. Solo quiero ser como tú. Lo de tu marido era una broma; de verdad, no te enojés. Te quiero mucho, has hecho mucho por mí. Sin ti no habría recuperado mi vida, nada sería igual. Me has ayudado mucho».

Leo estos mensajes y no sé si reírme o ponerme a llorar. Es como si de pronto me hubiera tocado en una rifa una niña pequeña; la siento como un perrillo sin dueño, me entenece. En vez de contestar por WhatsApp, la llamo por teléfono.

Contesta tras tres timbrazos.

— ¿Diga?

— Jannett, soy yo, Cándida. No estoy disgustada, dolida ni nada por el estilo. No me importa que te quieras ir con mi ex y me dan igual los motivos. Si es porque se parece a tu marido de joven o porque te gustan los machos ibéricos puteros, ese es tu problema. Yo no volvería con él por nada del mundo, así que te lo puedes quedar enterito,

aunque no creo que te durase mucho porque ya sabes que es culo de mal asiento.

–Lo que me pregunto es si será capaz de cumplir en la cama, porque ya no es un niño.

–No sé, Jannett. Si quieres, se lo pregunto.

–No, por Dios. Se asustaría. Lo mejor de esto es la sorpresa.

–Pero Jannett, ¿tú no tomas medicación para controlar las arritmias? ¿Te deja el cardiólogo jugar a estas cosas?

–Claro que sí. No solo me deja, sino que dice que no hay nada mejor para el corazón que varios revolcones al día.

Me parto de risa con ella, no lo puedo evitar. No sé de dónde habrá salido esa obsesión por el sexo a su edad. ¿Será normal esto a los noventa años?

–Candi, rica, no te escandalices. Me he pasado toda mi vida siendo una mujer dominada por un marido, siendo buena y ejerciendo de mujer florero, y ahora que estoy libre, quiero ser como ellos, hacer lo mismo que ellos y comportarme como se comportan ellos. Por eso te escribí el mensaje cuando me enteré de tu cita con el camionero. El problema es que no me hiciste caso, pero yo no voy a perder el tiempo. Por cierto, ¿dónde está tu marido?

No lo puedo evitar, mis carcajadas se oyen en todo el vagón y la gente se vuelve para mirarme. ¡Qué vergüenza! Pero es que esta mujer es increíble.

– Bueno, amor, que voy en el tren y esto se va a cortar. *Ciao*, cielo. Te llamo por la noche desde casa.

Nos despedimos con un beso, abro de nuevo el teléfono y miro directamente los mensajes de Pepón.

«Ya sé que vienes de Marbella, voy a recogerte a la estación».

«No vengas. Estoy realmente cansada, quiero irme corriendo a casa».

«Voy a por ti, ya sabes que los lunes no trabajo. Además, tengo algo importante que decirte».

«Bueno, vale, nos vemos en la estación. Tengo mi coche aparcado en el *parking* de abajo».

«¿Cómo vas vestida?».

«¿Para qué quieres saberlo si ya me conoces? ¿Crees que no me vas a reconocer acaso?».

«No, bombón, claro que te voy a reconocer. Tengo tu imagen en mi retina, sueño cada día contigo y estás siempre presente en mi pensamiento».

«Entonces, ¿para qué quieres saber qué llevo puesto?».

«Habiendo ido a Marbella, imagino que vendrás *sexy*».

«¿*Sexy*? Yo nunca voy *sexy*».

«Pues a mí me gustan las mujeres *sexys*, con un buen escote».

«¿Para qué quieres un buen escote?».

«Para ver esas tetas grandes que tienes, que me vuelven loco».

«No, yo no llevo escotes».

«Mándame una foto para ver cómo vas vestida».

Y como soy estúpida, coqueta y atrevida, me levanto de mi asiento, voy a la plataforma del vagón y allí me hago una foto mientras me miro en el espejo del baño. Procuero ceñirme el suéter al cuerpo para que marque bien mi silueta. Se la mando por WhatsApp con una interrogación: «¿De verdad crees que necesito un buen escote para ser *sexy*?».

La respuesta no tarda en llegar, tal y como yo esperaba.

«No, mi bombón. Estás buenísima, no necesitas escotes. Menudo pecho y menudas caderas; ahora las mujeres no tienen caderas donde agarrarte, tampoco tienen ni un gramo de grasa en el vientre. Tú, en cambio, estás para chuparse los dedos. Pareces un pibón de veinte años».

«No seas exagerado ni mentiroso. Aún me estoy preguntando cómo fui capaz de quedar con un desconocido para conocernos en Málaga».

«Mira, bombón, estás buenísima. Me tienes que enseñar tu DNI, porque no me creo que tengas la edad que dices tener. Me parece que es tu estrategia para espantar a la gente. A mí no me engañas, te he tocado el trasero sin que te dieras cuenta; estás durísima y buenorra».

«*Joer, Joer*. Pero ¿qué dices?».

«Me gustas mucho y no hago nada más que pensar en ti. Te deseo, y en cuanto te vea, te vas a enterar de lo que es un buen beso».

Con tanto *wassap*, el tiempo ha pasado deprisa y el tren llega a su destino.

Recorro junto con los demás viajeros los andenes de la estación, subo las escaleras mecánicas, camino por los largos pasillos deslizantes, y al final, tras las puertas de cristal, se encuentra Pepón. Destaca entre toda la gente que espera porque es alto y tiene buen porte. Lleva vaqueros, sudadera clarita y encima un chaleco marrón acolchado con grandes cuadrados. No es guapo porque tiene una nariz larga y ancha, pero la verdad es que es un hombre atractivo. ¡Me gusta! Claro que me gusta.

«¿Cómo te va a gustar, Cándida?». Mi Pepito Grillo vuelve a la carga. «No continúes por este camino, que no te llevará a buen puerto. Sé sensata, no coquetees más con él. Dale la mano, no le des dos besos; escucha lo que quiere decirte y dile adiós, pero adiós sin más».

Sin embargo, no hice caso del consejo que me había dado yo misma. Me dejé conducir hasta un rincón oscuro del *parking*. Allí, estando los dos medio escondidos entre un montón de coches aparcados, me dejé abrazar como una loca adolescente. Señor, ¿empezamos de nuevo? ¿Será posible?

Me encantan los abrazos, me transportan a esa nube blanca y algodonosa que me mece mientras me envuelve. ¡Cómo me gusta que me abracen! El suyo, además de tierno, es abrasador a la vez. Como un ser sin alma, abrí mi boca y me dejé besar.

«*Joer, joer, joer*».

«¿Qué es esto que siento, Señor? Si solo son besos».

No, no eran solo besos; era una lanza encendida clavada en mi costado. Bullía en mi interior, era un mar embravecido, un huracán, una tormenta del desierto.

Me dejé llevar. Entorné mis ojos para saborear con más intensidad el momento que estaba viviendo. La lluvia de besos y los encontronazos boca con boca hicieron que empezara a escocerme la barbilla. Mis labios ardían; estaban gruesos y heridos. Deseé morir envuelta en aquel abrazo para que fuera eterno, pero no ocurrió así. De pronto, se apartó bruscamente de mí y, dándome un último beso en la frente, me dijo:

– Bombón, esto es la primera parte. No hay que precipitarse.

No esperó siquiera a que sacara el coche; cuando me di la vuelta mientras pagaba, él ya había desaparecido.

No recuerdo muy bien cómo puse el coche en marcha y cómo hice el camino de regreso a mi casa. Durante el trayecto me fui serenando; mis bragas estaban húmedas, mi cuerpo encendido. Estaba ansiosa de él, deseaba que aquello hubiera ido a más, pero... ¿a qué más? «Por Dios, tranquilízate. Esta no eres tú, ¿qué te está pasando?». Saqué el rosario que llevo en la guantera y empecé a rezar.

—Señor, apaga este fuego que me quema. No quiero volver a pecar. Dios te salve, María, llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres...

Mientras rezaba, la paz iba invadiendo mi alma lentamente.

Cuando llegué al garaje de mi casa, ya estaba tranquila. Al mirarme en el espejo del ascensor, mis ojos eran más negros e intensos que nunca; creo que en ellos se reflejaba aún el deseo.

Capítulo XI

En Urgencias

Hoy vuelve a ser viernes. Además, no tengo ninguna cita concertada, así que puedo disfrutar de un larguísimo fin de semana. Haré lo que me dé la santa gana, como dice mi hermana.

La ventaja de ser mayor y haber superado la edad de jubilación es que, aunque continúes trabajando, lo haces a tu ritmo. Programas la agenda según tus necesidades o caprichos. Si esta semana quiero trabajar, trabajo; si la semana siguiente me quiero ir a Santander a ver a una amiga, pues me voy a Santander sin dar explicaciones a nadie. Por eso yo siempre digo que el mejor regalo que da la vida es hacerte viejo.

Hoy estaré en el gimnasio todo el tiempo que quiera y haré todo aquello que siempre dejo para otro día. Después de los aeróbicos, los estiramientos en el suelo que nunca hago, incluidos los de Pilates; también realizaré ejercicios de equilibrio, que tanta falta me hacen para no terminar cualquier día rodando por el suelo por cualquier tropezón. Más tarde, llevaré a cabo la rutina que toque o, mejor dicho, haré lo que más me gusta, que es dedicarles una hora a mis glúteos. Me encanta trabajarlos porque son muy agradecidos. Sí, haré eso, glúteos.

Cuando termine, me acercaré al *spa*, un espacio muy relajante, que en este gimnasio de lujo es ideal. Tiene baño turco, luego cámara de frío, de nuevo calor en la cabina de la sauna y, a continuación, ducha helada. Termina siempre en las piscinas burbujeantes.

La luz del WhatsApp se enciende. Esta vez es mi hermana, le cuento todo mi programa para la mañana y me responde horrorizada:

«Ni se te ocurra meterte en los *jacuzzis* del gimnasio. Los chicos son unos guarros, los he visto con cara de gustirrinín; seguro que se están corriendo».

«Que no, hermana, está todo muy vigilado. Ponen esa cara porque a todos nos da gusto el baño con burbujas que te hace cosquillas».

Mi hermana es así, nadie la convence de algo que ella piensa que es cierto. De esa forma, la pobre se pierde uno de los mejores placeres sanos y no pecadores del mundo.

Desde hace años voy a *taekwondo* dos días a la semana; solo soy cinturón amarillo porque no conseguí aprenderme más catas. El viernes es el día dedicado a la lucha, y el profe, como soy viejita, me libera de las peleas. Tendrá miedo de que me den bien y me lesionen o pensará que los chicos temen hacerme daño y no pelearán bien por mi culpa. Lo cierto es que los viernes voy si quiero, y este viernes en concreto no iré.

Donde sí voy los viernes es a clase de bailes de salón. Empecé hace años, cuando unas amigas me invitaron a asistir a la lección. Como soy una forofa del ejercicio físico, me pareció que lo de hacer algo diferente un día a la semana era una gran idea, y así empezamos. En el grupo hay cinco viejas de entre sesenta y setenta y nueve años. Bueno, yo tengo casi ochenta. Hay además una joven de veinte que se mueve de miedo; viene con su bebé de pocos meses, al que a veces lleva atado al pecho mientras baila. También está nuestro hombre. Nadie lo conoce, un día apareció sin ser invitado y se quedó con nosotras; lo aceptamos sin decirle que la clase era privada. Es grandote, desgarrado, patoso y Dios no le dio dotes de bailarín. Es un buen complemento para nuestro grupo de féminas.

En todo el tiempo que llevamos no hemos aprendido aún casi nada. Lo divertido es que nos chocamos unas con otras porque somos bastante negadas. Cambiamos los pasos, tropezamos al darnos la vuelta, nos caemos encima de las de al lado y, por supuesto, no llevamos bien el ritmo. Lo asombroso es que cuando dejamos de bailar y la música suena, todas empezamos a movernos como nos da la gana, pero siguiendo el compás de la melodía. El profe se enfada.

— ¡Por favor, haced los pasos que os he enseñado! No, así no — dice el profe. Y volvemos a empezar con los tropiezos, pisotones y empujones. Ah, eso sí, salimos sudando.

La clase es muy divertida, todas somos bastante ineptas para el baile. La mayoría de las del grupo están gordas además de ser viejas. Lo hacemos fatal, y para terminar de partirnos de risa, solo tenemos que mirar en la última fila al pobre Roberto, casi escondido y dando palos de ciego con sus enormes pies. El profe se empeña en enseñarle, se acerca a él, lo coge de la mano y lo obliga a seguirle, pero en cuanto lo suelta vuelve a empezar. Lo peor llega cuando nos pide que bailemos agarrados y alguna tiene que emparejarse con Roberto, eso ya es para morir. Yo siempre me he hecho la tonta y jamás me he agarrado a él.

La música suena desde un viejo transistor, tan antiguo como las mismas piezas musicales. Todas son antiquísimas y nos recuerdan a nuestros años mozos.

— ¡Niñas! ¿Os apetece que nos tomemos unas porras con chocolate al salir?

Esto lo vocifera Micaela desde una esquina de la sala donde ha parado para sonarse los mocos. Micaela puede pesar perfectamente noventa kilos y no debe de medir más de uno sesenta. Está gordita, pero como todas las gordis es una mujer feliz.

— ¿Estás loca? ¿Porras y chocolate? ¿Para qué venimos aquí, para luego ponernos moradas comiendo?

–Sí, chicas, que hoy estamos trabajando mucho. Yo ya estoy sudando.

–¿No os apetece ir al Macondo, donde hay un chileno que está de muerte?

–Maaaaayte, ¿para qué quieres al chileno?

–Pues para verlo mientras me sirve un mojito. ¿Para qué si no? Mira que eres malpensada, cielo.

–Mayte, guapa, se te nota que vas mucho por el Macondo.

–Chicas, chicas. Dejaos de tonterías y seguid con lo vuestro.

–Lo nuestro es reírnos y disfrutar, profe. Pero no se enfade, que usted también está para mojar pan.

–Gloria, bonita, no seas maleducada; nos dejas a todas en ridículo, no le hables así al profesor.

–Perdónala, profe. El novio la dejó plantada la semana pasada por gorda. Dice que ya no le gusta el rollito de algodón y está muy enfadada.

Gloria empuja a su hermana y se enzarzan en una pelea como dos niñas.

–Cochina, marrana. El novio me lo has quitado tú, que le has dicho que me como las sobras de la nevera todas las noches y que peso más de cien kilos, cosa que no es verdad. Solo peso noventa y nueve, tenías envidia del novio que me había echado por Internet.

–Claro, porque todavía no te había visto desnuda, con todas esas loras colgando que escondes con las fajas ortopédicas que usas. ¿Acaso crees que te habría durado un segundo cuando te hubiera visto desprenderte del acorazado? ¡Anda, tía, cállate ya y déjanos bailar!

No solo eran palabras, pues las dos estaban tiradas en el suelo dándose mamporros mientras el pobre profesor intentaba separarlas.

Nosotras estábamos a su alrededor dobladas de la risa.

Al final llegó la calma y en el transistor sonó un *swing*. Todas volvimos a dar un pasito a un lado y a otro obedientemente.

No sé cómo no nos manda a paseo el sufrido profe.

Yo tuve con él unas clases particulares, ya que quería progresar adecuadamente, como dicen en la escuela. Pensé que estando sola con él igual las cosas irían mejor. Un día intentó enseñarme a bailar tango, otro nada menos que *rock*, y al tercer día con el chachachá me dijo que mejor me incorporara al grupo. Y aquí estoy; cada viernes asisto como un clavo a clase de baile, donde nos dedicamos a reírnos más que a bailar.

Blancanieves, o sea yo, que había despertado de su largo sueño con el beso de la noche anterior, se preparó para la jornada de la tarde-noche del viernes con la ropa que consideró más apropiada: una falda larga marrón de flecos y unos buenos taconazos de nueve centímetros. Así vestida, me presenté en la clase de baile contenta y feliz. La lección había sido bastante movidita, pero el profe no se amilanó, y cuando todas estábamos tranquilas tras la pelea de las dos hermanas, empezamos de nuevo a bailar.

—Chicas, me dais más trabajo que las clases de adolescentes. A ver si terminamos. —Y poniendo salsa en el transistor, me eligió a mí como pareja de baile.

Todo iba bien; sin embargo, en uno de los pasos en los que él te empuja suavemente para hacer el giro, no sé si resbalé o me torcí el tobillo. Lo que sí ocurrió es que el tacón se enganchó en uno de los flecos y caí al suelo encogida, dándome un fuerte golpe en el costado izquierdo. A mi alrededor se formó una piña. Todas querían ayudarme a levantarme desenredando los flecos enganchados a los taconazos. Como siempre, cada una iba por su lado: una tiraba por aquí, las otras por allá. De pronto, la falda se rasgó y me quedé con la

mitad de las piernas al aire. Alguien me quitó el zapato y pude por fin levantarme.

— ¿Quién te ha mandado ponerte esos taconazos y vestirte así? — vociferó una—. ¿No ves que eres mayor y ya no estás acostumbrada a ellos? ¿Te has hecho daño?

— Claro que me he hecho daño, me duelen el tobillo y la costilla.

— Chica, ¿qué quieres que te diga? Yo cuando te he visto llegar he pensado que a dónde ibas así vestida.

— Muchas gracias, eres muy amable. Ahora voy a que me vean en Urgencias.

La clase se dio por terminada y las cinco nos metimos como una piña en el coche de Roberto. Íbamos camino del hospital.

— Seguro que con lo mayor que eres, te has roto la cadera. ¿No te duele? Siempre que las viejecitas se caen es porque se les ha roto la cadera por la osteoporosis.

— No, querido Roberto. No me duele la cadera y no tengo osteoporosis, me he hecho daño en la costilla por el trompazo. Y gracias por recordarme que soy la más vieja del grupo.

— No te enfades, reina. Eres la más vieja pero la que tiene mejor tipo.

— Hombre, gracias. Creí que eras ciego.

Todas volvimos a soltar carcajadas.

Nos despedimos de Roberto. Mi ego estaba por los suelos y yo iba acompañada por mis amigas.

— Vete ya, cielo. Cogemos un taxi cuando terminemos, tú ya has hecho demasiado.

Le dimos todas un beso — el primero desde que lo conocemos — y le dimos puerta.

Llegamos a la zona de Urgencias del hospital un viernes por la noche. La sala estaba llena y se fue llenando más conforme pasaban las horas. Aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. A las seis de la madrugada me vio el médico; me mandó unas placas, me las hicieron y volvimos a esperar. Cuando me llamaron pasadas las seis de la mañana, el joven médico me dio el alta. Milagrosamente, no tenía nada roto, solo una ligera contusión en una costilla. Tenía que pasar un mes de reposo, sin hacer ejercicio y tomando un antiinflamatorio.

– ¡Chicas! ¿No queríamos churros? Pues ya es la hora.

Salimos de la clínica y nos fuimos a la churrería San Bernardo, que a esa hora ya estaba abierta. Pedimos unos churros con chocolate.

– Chicas, ¿os habéis dado cuenta? ¡Hoy ya es sábado!

– *Joer*, no chilles, que nos van a echar de la churrería.

– Es que me gustan mucho los sábados. Ya sabéis, camisa limpia y polvete.

– No digas guarradas. Además, ese dicho es de los chicos.

– Qué más da, hoy es sabadete y quiero mi polvete.

– Mira, guapa, si no te callas me voy.

– Mejor nos vamos todas. Tendremos que dormir, digo yo.

Y de esta forma tan poco convencional, dimos por finalizada nuestra excursión por la sala de Urgencias de nuestro flamante hospital.

De regreso a casa ya bien entrada la mañana, me doy cuenta de que no he avisado a nadie de mi estancia en el hospital. Seguro que tengo un montón de llamadas perdidas y mensajes. Abro el teléfono abandonado en el fondo de mi bolso y me encuentro con varias llamadas de mi ex, de mi hermana y de mi hija. Estoy cansada y dolorida, así que, en vez de devolvérselas, les envío un *wassap*.

«Perdonad, me quedé sin batería. Estoy bien, pero he dormido muy mal, por eso voy a intentar dormir. Luego os llamo».

Cerré todas las ventanas y puertas para que no entrara la luz. Apagué el teléfono y me dispuse a descansar. Fue imposible, ni la dosis masiva de mis drogas para dormir me sirvió para conciliar el sueño.

«¡Joer con el chocolate y los churros!».

Un terrible dolor de estómago y un montón de gases me recordaron por qué las ancianas no deben tomar chocolate con churros.

Capítulo XII

El despertar a la realidad

Me duele la costilla, pero lo gracioso es que me hace daño sobre todo en la unión costoesternal. Puede que la energía del golpetazo se haya transmitido a través de ella y haya llegado a la unión con el esternón, por eso allí es donde más me duele; si lo aprieto, cesa el daño.

Lo mejor sería aplicarme una fuerte presión sobre ella; por ejemplo, ponerme una venda apretada. ¿Por qué no lo habrán hecho en el hospital?

Tengo un armario de botiquín en casa y empiezo a buscar. Al final encuentro una venda bastante ancha y me voy a un espejo grande de mi dormitorio para ponérmela mirándome en él; levanto las persianas, descorro las cortinas y me acerco al espejo para observarme bien mientras intento colocarme la venda.

Nunca me había visto así. Yo siempre me miro en el espejo de mi baño, que tiene poca luz, en los espejos de mi dormitorio a primera hora de la mañana o a última hora de la noche, con las lamparillas de las mesillas de noche encendidas. Con esa poca claridad, todos los gatos son pardos, pero ahora, con esta luz...

Se me ha olvidado la lesión de la costilla; ya no me duele nada y no tengo ganas de ponerme la venda. Lo que quiero es echarme a llorar. ¿Cómo vas a soñar teniendo estos brazos? Porque lo que he visto en el espejo es a una pobre anciana con unos brazos musculados pero llenos de arrugas. Bueno, depende de la postura: si me pongo así, no se

notan, pero si los levanto así... Pues ya ves, guapita, estás hecha una pasa.

Deslizo mi vista hacia las piernas mientras me alejo lentamente del espejo. Veo claramente una especie de suave surco que las atraviesa en diagonal desde la ingle hasta la cara interna del muslo. Eso es la marca que deja la flacidez de la piel. Pero ¡si tengo unos músculos de acero! *Joer, joer, joer.* ¿Cómo no lo había visto antes? Está claro que Adrián tampoco los vio. Menos mal que no tengo celulitis, grasa localizada ni arrugas en las rodillas, pero...

Cada noche desde hace mil años, antes de acostarme, me levanto el camisón para mirar lo que yo llamo mi panzón, y cada noche lo veo fatal, porque no hago bien las digestiones y me empeño en comer de todo, así que voy acumulando gases que hacen que mi estómago al final del día esté como un bombo. No es que esté gorda, simplemente tengo panzón. Pero hoy, a plena luz del día y por la mañana, no tengo tan mala pinta; yo diría incluso que es lo que más me gusta de mi cuerpo.

Estoy deshecha. ¿Qué voy hacer? O, mejor dicho, ¿qué puedo hacer?

Pero ¿cómo me he descuidado? Esto con unas sesiones de IPL o de Indiba a tiempo no habría sucedido. ¿Qué hago ahora? Yo no puedo consentir que mis empleadas vean este deterioro, no puedo desnudarme en la consulta y que me hagan ningún tratamiento en estas condiciones. ¿Qué he hecho? Muchas cosas para la cara, muchas cremas, mucho entrenar. ¿Y ahora qué?

Me pongo a llorar como una colegiala. Cándida, no estás tan mal. Son solo los brazos, no seas estúpida; no eres una niña para ponerte a gimotear porque has descubierto que tienes granos. Eres quien eres, una tía estupenda de casi ochenta años. Ya quisiera una cuarentona tener tu cuerpo serrano. Deja ya de lloriquear, que no tienes tampoco estrógenos que justifiquen este llanto. Lo que tienes que hacer es

actuar, no dejes que avance más. Lo segundo es planificar tu plan de acción. Tú ya sabes que esto tiene solución, así que planea algo.

De todas formas, debes ser consciente de que eres una anciana. Guapa, rompe con Pepón antes de que esto se te vaya de las manos, porque este hombre lo que quiere es acostarse contigo, y tú no debes ni puedes seguir con este jueguito; no te vas a acostar con nadie.

Después de esta charla conmigo misma, busqué en mi teléfono el contacto de Pepón y lo eliminé de la lista de contactos y de WhatsApp. Con esta decisión, di por terminada mi aventura amorosa, que jamás llegó a empezar siquiera, ya que se quedó en un simple beso.

Ese fin de semana vino mi ex, y yo siempre procuro estar guapa y arreglada cuando él viene. En primer lugar, lo hago para fastidiar, que vea que estoy resplandeciente, joven y feliz, aunque él no esté conmigo, que tengo vida propia y uso mi libertad a pleno rendimiento; en segundo lugar, porque jamás he dejado de coquetear con él, me gusta hacerlo, ver en sus ojos la mirada deseosa y tener siempre el «no» en la boca. «Nada de sexo, eso se acabó el día en que te fuiste».

Cuando viene siempre salimos a cenar y solemos contarnos nuestras cosas delante de una buena botella de rioja. Bueno, yo hablo más, porque él continúa manteniendo su vida bastante escondida. Pero a mí me divierte relatarle mis historias e incluso mis aventuras con Pepón. Anoche me preguntó:

– ¿Qué tal tu relación con el camionero? Ya sabes, ese hombre con el que te vi en la foto que me mandaste.

La verdad es lo de llamar a Pepón camionero me indignó bastante; es verdad que es camionero, pero lo dijo con un retintín bastante ofensivo, como para quitarle importancia al ligue. No valoraba que fuera joven, atractivo y alto, solo destacaba su profesión.

—¿Qué más da la profesión de cada uno? —respondí rauda—. Lo importante es la persona, y él es impresionante.

Por supuesto, evité contarle mi relación amorosa con Adrián, porque hasta entonces todo eran mensajes e insinuaciones, pero yo jamás me había ido con un hombre; esto era distinto. Además, no sé si a él le habría gustado saberlo.

—No me contestas. ¿Qué ha pasado con Pepón?

—No ha pasado nada, pero he cortado esa relación. No me apetece continuar con este juego.

Volvió a insistir:

—¿Ya no recibes tantos *wassaps*?

Con pocas ganas, le respondí que lo había eliminado de mis contactos. Se extrañó y volvió a la carga:

—Pero ¿por qué? Si te vi muy interesada por ese hombre el otro día.

—Pues por eso —respondí yo—. Porque estaba demasiado interesada y podría haber terminado en su cama.

Mi marido, riéndose, vaticinó:

—Volverá a llamar.

Y como de costumbre, pese a lo que yo deseo, volvió a tener razón. Pepón llamó al poco tiempo.

Quien sí continuó mandándome mensajes día y noche fue Jannett. Desde Colombia me envía fotos con su nueva imagen.

Está enorme, hecha una vaca. Le han puesto un culo no de negra, sino de negra de cien kilos; y para hacer juego, unos depósitos de grasa en la zona de trocantes que están para liposuccionarlos. Me deja impresionada; ella está contentísima. «Me alegro de que haya salido bien», le contesto amablemente.

«Has quedado estupenda».

«Sí, estoy estupenda. El doctor me ha regalado la zona de las cartucheras porque dice que es más bonito que el culo no sea solo redondo y alto, sino también ancho. Me ha puesto un poco de grasa en el pubis para rejuvenecerlo y las tetas son portentosas, enormes; cuatrocientos cincuenta centímetros cúbicos en cada una. Van a hacer juego con el trasero. Me encuentro superbien».

«Me alegro mucho por ti. Y también estás ya muy repuesta».

«Bueno, querida, bien del todo no estoy. No puedo sentarme aún, solo puedo estar acostada boca abajo. Dentro de unas semanas, cuando me pueda sentar, lo haré con un flotador. Pero ¡qué le vamos hacer! ¡Gajes del oficio! Luego, además, lo voy a disfrutar».

«Pronto estarás de vuelta y no te acordarás de los malos ratos».

«Sí, sí, Cándida. Ya me estoy imaginando la sensación que voy a causar en la playa con estos globos por delante y esta rueda de camión por detrás».

«Ja, ja, ja».

Y nuestras risas se unen en coro.

«¿Y tú cómo estás? ¿Sigues con Pepón?».

«No, Jannett, no sigo con Pepón. Soy una anciana y no puedo enrollarme con un hombre de cincuenta años».

«Cincuenta y seis, querida, cincuenta y seis».

«Bueno, da lo mismo. Yo estoy fatal, me he visto de cerca con un buen espejo y doy grima, estoy toda llena de arrugas».

«Mira que eres tonta, Cándida. Te lo he dicho muchas veces, tu nombre te imprime carácter. ¿No eres tú médico de estética? Hazte cosas».

«Es imposible, me veo fatal la piel».

«¿No tienes tratamientos para la piel del cuerpo?».

«Claro que tengo, pero no quiero que mis ayudantes me vean así».

«Guapina, no te preocupes. Desde aquí te organizo yo algo. Ya te cuento. No te lo puedes perder, este hombre se ha interesado por ti. Además, a ti también te gusta. ¿Por qué no os vais a dar la oportunidad de comprobar lo interesados que estáis el uno por el otro?».

«No, Jannett, no quiero. Encima he visto cómo tengo la piel. Que no, que no quiero».

«¿Te vas a morir sin probar lo que es un morreo?».

«Jannett, no seas demonio. No quiero, eso es todo».

«Mira, Cándida, hermosa. Es tu oportunidad, te mereces un buen revolcón que te haga sentir viva. Recuerda sus besos del *parking*. Te gustaron, ¿verdad?».

«Sí, por supuesto que me gustaron. Me despertaron de mi sueño de Blancanieves».

«Entonces no desaproveches lo que te brinda la vida. Es un hombre joven y apasionado, te dará un buen repaso y quizás os enganchéis durante una buena temporada.

No pidas más, una buena temporada a nuestra edad es un regalo grandísimo. ¡Ojalá me saliera a mí!».

«Bueno, Jannett, es que yo soy católica practicante y no quiero pecar».

«¡Ay, Cándida! Qué cándida eres, querida. No sabes que el que peca y reza, empata. Después te confiesas y ya está. También te puedo poner en contacto con un sacerdote muy comprensivo».

Mi cuñada me organizó desde la lejanía un buen repaso en el Centro de Belleza Villapadierna de Marbella. Desde allí me mandaron al día siguiente todo un programa intensivo de una semana. Me comunicaron que la entrada era inmediata.

Esta Jannett sabe hacer bien las cosas. El balneario de Villapadierna es espectacular, y lo que aparece por Internet hace que decida anular todas las citas que tengo ya concertadas y acepte la invitación, por lo que vuelvo de nuevo a Marbella y me preparo para una semana de lujo y *relax*.

Durante mi estancia en el centro de reciclaje no he podido recibir mensajes, puesto que me requisaron el teléfono nada más llegar, así que hasta hoy no he tenido noticias de nadie. Ahora que ya me lo han devuelto, abro el WhatsApp.

Mi marido, que como casi siempre tiene razón, acertó: allí estaban los mensajes de Pepón esperando a que los leyera.

«Amor mío. Te digo eso porque te amo, Cándida. Te deseo, me enloquece pensar en ti. No te va a ser tan fácil eliminarme de tu vida como has pretendido hacerlo del teléfono. Ya ves que no te ha valido de nada y estoy aquí de nuevo. ¿Cuándo nos vemos? ¿Mañana? ¿Pasado? Dime cuándo, amor».

Joer, yo no estoy loca. Estos de Villapadierna han conseguido plancharme algo y que tenga mejor aspecto, pero ¿cuánto durará este reciclado? Este hombre desvaría; lo nuestro no tiene futuro, ni siquiera un recorrido corto.

«Hola. ¿Qué tal estás? ¿Por dónde andas hoy?», le contesto.

«Estoy cargando el camión. ¿Y tú? Cuánto tiempo sin saber de ti. ¿Estás bien?».

«Sí, por supuesto que estoy bien. Mala hierba nunca muere, he estado fuera un tiempo y no he tenido teléfono, por eso no te he escrito. Si quieres podemos quedar y vernos».

«¿Vuelves a Málaga?».

«No, por ahora no ha salido trabajo en Málaga».

«¿Alicante?».

«No, tampoco hay trabajo en Alicante».

«¿Entonces?».

«He pensado que podíamos quedar en París a final de mes».

«¿En París? ¿Por qué? ¿No está eso muy lejos?».

«Bueno, no tan lejos, pero París es tan romántico...».

«Bueno, cielo, por ti voy corriendo hasta París».

«Ja, ja, ja. No es necesario que corras, puedes ir en camión».

«Dime la dirección y nos volvemos a ver en París. Por cierto, ponte la misma blusa de Málaga, te sienta muy bien».

«Me la pondré. Un beso y hasta París».

«Otro para ti».

Le envió por WhatsApp la dirección del dúplex de Jannett. Rue St. Honore, 65, ático.

Estoy nerviosa. No sé si hago bien, me he dejado convencer por mi cuñada, que es muy atrevida. Pero yo, Señor, ¿cómo voy a ir dispuesta a pecar de nuevo? Bueno, será solo un encuentro y despedida, porque esto no da para más. Hola y adiós.

La cita en París durante un fin de semana me parece una idea maravillosa, es un encuentro romántico en una ciudad desconocida. Y cuando llegue el domingo, un beso de despedida y adiós.

El Pepito Grillo de mi conciencia está a favor esta vez.

«Debes ir, así medirás tus fuerzas. ¿De verdad te ves tan joven como piensas o es solo un espejismo? ¿Saldrá huyendo el galán en cuanto te desnudes? Y encima a plena luz del día». He de tener cuidado con la luz, tiene que ser poca e indirecta. «Vamos, mujer, sé valiente», continúa espoleando mi conciencia. «¿Qué vas a perder por un fin de semana en París?».

Cierro la conexión con mi interior y decido que he de preparar el viaje a París inmediatamente. Tengo que tenerlo todo a punto, nada puede fallar.

Capítulo XIII

¡Ligando!

Empiezo a estar preocupada. Desde la cita con Pepón me están ocurriendo cosas que creo que no son nada normales. No sé si la culpable soy yo porque he cambiado o es el destino el que me depara sucesos sorprendentes.

Hace unas semanas, recibí una llamada de un número desconocido.

– ¿Cándida? ¿Cándida Alemani?

– Sí, soy yo.

– Yo soy Manuel Torres de Madina. ¿Te acuerdas de mí?

– Por supuesto que me acuerdo, eres Manu.

– Vaya por Dios, creí que no te acordarías de mí.

– Ya ves que sí. ¿Qué te trae por aquí?

– Pues resulta que ordenando mi biblioteca he encontrado un libro que me prestaste cuando éramos compañeros en aquella academia de verano en el año 57. ¿Lo recuerdas?

– No.

– Es que te lo quería devolver. ¿Podemos vernos?

– Sí, claro que sí. Cuando tú quieras.

Charlamos recordando viejas cosas y al final quedamos para vernos en la cafetería del gimnasio donde entreno.

A los pocos días nos encontramos. Él vino acompañado de una señora bastante mayor que me presentó como su esposa. Como no me gusta ducharme en los gimnasios, bajé con la misma ropa con la que entreno; es decir, mallas y camiseta ceñida de tirantes. Me encontré algo incómoda, ya que sus ojos estaban clavados en mis senos. No sabía cómo taparme. En un momento determinado, mirándome a los ojos, me dijo:

– Igual empiezo a correr de nuevo, pues hace algo de tiempo que lo dejé. ¿Por dónde corres tú?

– Corro cada día por el río, hay buenos circuitos.

– ¿Vas a correr antes de venir?

– No, suelo salir por la mañana, sobre las nueve.

– Bueno, pues a lo mejor nos vemos.

Claro que nos hemos visto. Desde entonces, cuando bajo al puente todos los días, está allí esperándome, como cuando éramos jóvenes y me aguardaba en la puerta de mi casa. Ahora lo recuerdo bien, él era un plasta que venía detrás de mí, se me había olvidado.

Hemos estado corriendo juntos durante algún tiempo. Hace unos días, me propuso ir a ducharnos juntos a mi casa. Por poco me caigo en plena calle. Pero ¿qué se ha creído este hombre?

– No, no voy a ducharme contigo ni a empezar la historia que no empezamos de jóvenes.

– ¿Entonces? ¿Qué pasa? ¿Me llevas a tu lado como un monito?

Me quedé perpleja. ¿Es que todos los hombres son iguales? ¿Es que en lo único que piensan es en follar?

– No, Manu. Vienes a mi lado porque tú has buscado el sitio, yo no te he llamado.

– Entonces, Cándida, hasta la próxima galaxia.

Y diciendo esto, desapareció, espero que de mi vida. Por supuesto, lo hizo sin devolverme el libro.

Digo que estoy preocupada porque antes no me pasaba nada o no me enteraba de lo que ocurría, pero es que últimamente creo que soy demasiado visible.

Hace unos días, mientras estaba entrenando fuerte con superseries en el gimnasio la espalda, los bíceps y los tríceps sin descanso, se me acercó un muchacho joven y me dijo:

– ¿Eres nueva?

– No, hace años que vengo a este gimnasio. Desde que lo abrieron.

– Pues es raro que no te haya visto antes, porque entrenas muy bien y con mucho peso. Yo soy entrenador y vengo muchos fines de semana, es extraño que hayas pasado desapercibida.

Seguro que el muchacho solo valoraba mi forma de entrenar, pero pienso que a una señora de casi ochenta años, aunque entrenase mucho, nadie la debería ver. El problema es que a mí sí me ven.

Parece que los hombres no te miran, pero la verdad es que te ven.

¡Qué horror! ¿Se me notará algo raro?

Estoy segura de que desde la aventura con Adrián tengo otro aire. Tengo miedo por si vuelvo a oler a hembra, y esto lo digo con cierta preocupación.

Un día, cuando regresaba de un viaje, estaba haciendo cola en la estación de Valencia. Justo al lado de las cabinas acristaladas para enseñar el billete, había un hombre de mediana edad con traje gris oscuro. Junto con el *ticket*, yo llevaba preparada la fotocopia de la tarjeta dorada, la de vieja que te da derecho a un 40% de descuento y que últimamente la piden para comprobar que eres de verdad la receptora. De pronto, el señor del traje se me acerca y dice:

– Eso no le sirve, necesita un billete de cincuenta euros.

Yo me quedo parada y él lo repite muy serio varias veces. Debí de poner cara de idiota, pues tuvo que aclarar el misterio.

– El billete de cincuenta euros es para pagar la diferencia de precio que usted ha abonado por el billete del tren, porque usted no tiene derecho a usar la tarjeta dorada.

«Ja, ja, ja. Era una broma, muy gracioso. ¿Querrá ligar conmigo este hombre?».

Me sorprendí más cuando ya estaba en el tren y los camareros pasaron sirviendo la comida. Este hombre volvió a aparecer por detrás de ellos y, dejándome en la mesa un puñado de bombones de Trapa, le dice al camarero:

– ¿Te has fijado en la sonrisa tan bonita que tiene?

¡Por Dios! Yo no tengo una sonrisa bonita, soy una mujer mayor; al sonreír encojo los ojos, me salen arrugas hasta en los zapatos, se me alisa el labio superior y se queda como una línea, y hago una mueca que yo considero horrible.

«Pero ¿qué dice este hombre? ¿Me habré ligado al interventor?».

Creo que debo andar con más cuidado.

Solamente pido al camarero cava y un poco de zumo de naranja para mezclar y me enfrasco en la lectura del libro que llevo. No quiero comer nada en el tren porque todo eso engorda mucho y yo no puedo perder mi cintura, sobre todo ahora que tengo una cita en París.

Capítulo XIV

Trece rosas rojas

Mi cuñada ha regresado de Colombia. Me quedé sin habla cuando la vi; si hubiera sido una paciente pidiendo consulta para cualquier cosa y la hubiera visto así, le habría recomendado una liposucción de inmediato, porque su trasero era MONUMENTAL.

Por supuesto, no le dije nada, porque eso era lo que ella quería, lo que había solicitado al irse a Colombia y lo que realmente le gustaba.

No la he vuelto a ver desde que regresó a Marbella, sé de sus andanzas por los mensajes que me envía, y la veo feliz.

Ayer fue el día de San Valentín y una amiga me envió por WhatsApp a Richard Gere con el mensaje «te mando un bombón», un vídeo de una pareja espectacular patinando y un chiste de mujeres y hombres — que es lo que nos hace reír a las mujeres —. Eran mensajes divertidos, así que se los reenvié a mi cuñada Jannett. Su contestación no se hizo esperar.

«Muy bueno el chiste, pero ¿no te dan envidia los patinadores? A mí me encantaría poder hacerlo, ¿te imaginas? Bisabuela haciendo patinaje artístico con el guaperas de Richard Gere. Sería sensacional. Un éxito seguro, nos aclamarían por todas partes. No sé si buscar ya un entrenador personal para empezar a patinar, ¿tú qué crees? Por cierto, la foto que me enviaste ayer para que me alegrara la noche, no me la alegró nada, porque ese bombón no me gusta. No es mi tipo, tiene unos ojos pequeñitos y ya es un sesentón. Me gustan más jovencitos, como máximo de la edad de tu Pepón. Tú lo tienes

perfecto, bruja; dos por el precio de uno. Aprovéchate bien, un marido del que no te has separado y ahora un míster. No te pases de buena, saca lo mejor de cada uno, que tú lo vales y te lo mereces».

Mi cuñada es demasiado.

Lo mejor de sus mensajes es que cuando los leo no puedo hacer otra cosa que recordar sus años: tiene diez más que yo; es decir, ochenta y nueve años. Es genial, tiene una mente tan privilegiada, unas ideas tan claras y unas ganas de estar viva y activa que se sale del teléfono.

Hoy, para empezar, me he comprado trece rosas rojas. ¿Por qué?

En primer lugar, me gusta el número trece. Las rosas son preciosas y los colores expresan nuestros sentimientos; el rojo es pasión y hoy me siento apasionada. De todas formas, no quiero ponerme moñas, pues este juego de trece rosas rojas lo inició un joven francés al que conocí un verano en la playa. Durante muchos años, este chico me envió por mi cumple trece rosas rojas. Como me gustan el número, el color y las rosas, continúo yo con este juego.

Hoy me siento especial, ya que mis amigas me han felicitado por San Valentín y mis hijos han hecho lo mismo; hasta mi marido me ha llamado a mitad de la tarde para decirme: «Hoy es San Valentín», a lo que he contestado: «¿Y qué?». Se ha quedado perplejo, pero es que me ha faltado preguntarle cómo pensaba celebrar ese día con la mujer con la que vive ahora, que no soy yo, claro está.

Pero no necesito a nadie, me basto y me sobro yo sola.

Además, esta noche contactaré con mi cuñada y nos reiremos un rato. Nos desternillaremos hablando de hombres, como siempre.

Le ha parecido fantástica la idea de citar a Pepón en París para después abandonarlo tras tres noches de lujuria. Me deja usar su dúplex, aunque le da mucha envidia no poder participar en el juego, pero cree que un *ménage à trois* es demasiado.

Dice que para el próximo ligue habrá que planearlo mejor. Es increíble esta mujer.

«Cándida, amor, ¿cuándo me puedes rellenar este surco tan feo que me sale bajo la boca?».

Para mi ex lo más importante en su vida es su cara, como siempre. Le contesto:

«Cuando vengas, ya sabes que estoy a tu disposición».

La verdad es que lo estrangularía, pero recuerdo que ya en el Antiguo Testamento existía una norma para la mujer abandonada: la carta de repudio. Por aquel entonces, los hombres ya sabían cómo dejarte tirada; tanto era así que hasta lo habían reglado. Por eso me conformo con lo que tengo y reprimo mi deseo de venganza. ¡Hombres! Pienso en ellos mientras sonrío.

«Oye, estoy preocupado por el *gachó* ese con el que te escribes. No le habrás dicho dónde vives y quién eres, ¿no?».

«No sabe nada de mí, no te preocupes».

«Sí que lo estoy. Tú vives sola, eres un buen bocado para un listo y ese tío no me gusta nada. No te habrás acostado con él, ¿no?».

«Ni me he acostado ni me voy a acostar. Te recuerdo que soy una ancianita de casi ochenta años. ¿Te acostarías tú conmigo?».

«Claro que me acostaría contigo, cielo. Menudos recuerdos que tengo de ti. Eras soberbia en la cama, pero tú ahora ya no quieres».

«No continúes por ese camino, que me voy a enfadar».

No volvió a contestar y cerré definitivamente mi teléfono.

Capítulo XV

Sangre caliente

«Cándida, cielo, cada día estás más esquiva».

Mi ex, que antes nunca utilizaba el WhatsApp, me acaba de enviar uno un tanto lastimero. No sé qué le pasa últimamente, pero está bascoso, como la gata. Llama cada día y se interesa por lo que hago. Jannett dice que está celoso, que no está acostumbrado a que yo ande con hombres, y eso que no sabe lo del médico. Lo que yo creo es que nota que se está haciendo viejo. Es gracioso, porque cuando viene siempre tiene cosas que contarme, sobre todo de las «novias» indonesias que le dicen que es su *boyfriend*. Yo le sigo el juego y me intereso por ello; tiene allí una especie de harén donde van cayendo sucesivamente jovencitas encandiladas con ese señor mayor tan musculoso que posee esa gran moto. La verdad es que en las fotos queda resultón. Yo siempre estoy a su disposición para su acicalamiento: ahora un *bótox*, ahora un relleno, ahora un *thermage*... y así. Aunque tiene muchos años, continúa con sus conquistas.

«Cándida, ¿estás ahí?».

«Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa?».

«¿Podemos hablar por teléfono? Para mí es más cómodo que este chisme que tanto te gusta».

«Vale, te llamo».

Al segundo timbrazo, coge el teléfono. Tiene la voz algo apagada.

– Cándida, cielo, ¿no crees que es hora de que dejemos estos juegos y volvamos a vivir juntos?

El teléfono se me cayó de las manos e hizo un ruido que se transmitió a través del cable al tocar el suelo.

– ¿Qué estás haciendo con tanto ruido? ¿No me oyes? ¡Cándidaaaaa!

Corté la comunicación y salí precipitadamente de mi casa. ¡Volver! Tenía que haber tramitado la separación. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Ahora qué hago?

No estoy dispuesta a terminar con mi plácida vida de mujer solitaria; no deseo volver de ninguna manera con él. Una cosa es que venga cada cierto tiempo y pase unos días en casa –para eso él continúa pagando todos los gastos– y otra es encontrármelo habitualmente por el pasillo. No, no lo voy a consentir.

Cuando ya estoy algo más serenada, regreso a casa y lo llamo de nuevo.

– Mira, querido, no quiero volver contigo nunca más. Además, todo esto ya está hablado, ahora no puedes volver atrás. Aunque no hayamos firmado papeles, nuestra separación es un hecho incuestionable. Tú y yo sabemos de sobra que ya nada nos une y, si te pones pesado, no te dejaré regresar más a nuestra casa. No te necesito, ya pagaré yo los gastos.

– Cielo, cómo me gustas. Eres todo un carácter, por eso me enamoré de ti. Está bien, si no quieres no hay nada que hacer. Pero a mí me pareció que estabas dispuesta en parte a compartir tu vida con alguien, y para que otro se beneficie ahora que estás tan buenorra, pues me aprovecho yo con más derecho. Es que te has puesto buenísima con tanto entrenador personal. Asimismo, últimamente te brillan los ojos de una forma especial. ¿De verdad no quieres que lo intentemos de nuevo, cielo?

– No pienso compartir mi vida con nadie.

– Por cierto, ¿te has dado cuenta de que tu Dios se engañó cuando nos hizo hombres?

– ¿Qué dices?

– Que Dios debería habernos hecho desde el principio ancianos y poco a poco ir al revés, pasando así a la madurez, la juventud, la adolescencia y, por último, a la niñez. Seguro que así no cometeríamos tantas tonterías.

– ¡Las tonterías las continuas diciendo tú! Si Dios hubiera hecho lo que tú sugieres, nadie podría soportar las etapas de la juventud, la adolescencia y la niñez, partiendo de la placidez y del conocimiento de la senectud.

– Tan sensata como siempre.

– Bueno, cariño. Te dejo, que tengo que trabajar.

A mi madre la oí decir a lo largo de mi infancia: «el mejor hombre, colgado». Yo no entendía a santo de qué venía aquella frase, pero ella la repetía con bastante frecuencia. Lo gracioso es que yo tenía un hermano y le preguntaba, seguramente con cara de boba: «¿Y Luisito, mamá?». A lo que ella respondía sin titubear: «Luisito, cuando se haga hombre, también».

No sé si fue su influjo o mi experiencia personal con los hombres, pero estoy plenamente convencida de la veracidad de su frase.

La verdad es que eso va en contra de mis gustos, porque a mí me gustan los hombres. Me encanta verlos en el gimnasio, tan bien dotados, tan viriles, tan HOMBRES. Antes también me gustaba hacer el amor; además, creo era una buena amante, o por lo menos eso decía mi marido. Yo creía que eso ya había pasado, y de pronto he descubierto que me continúa gustando.

«Joer, Cándida. Pero ¿aún andas con eso? ¿Continúas pensando en...? Ya sabes en qué, que te has vuelto guarrona».

Esto lo tengo que solucionar de una vez por todas. No puedo andar pensando en la jodienda, como decía mi suegra.

Es que resulta que ahora me gusta más que cuando era joven. ¡Me lo pasé genial con Adrián! No es que él fuera un gran experto, sino que yo tenía ganas y me sobraba imaginación.

Bueno, Candi, guapa, deja ya de pensar en ello. Fue lo que fue, será lo que será en París; pero una vez pase París, se acabó. ¡Faltaría más! Esto ha tenido un recorrido corto y va a terminar con broche de oro en Francia. Aunque sinceramente, creo que ha valido la pena este despertar que he tenido.

A veces entreno con una chica joven, pechugona y muy atrevida, pero que se ejercita bien. Es una diva en el gimnasio, pero los chicos le tienen miedo porque dicen que es insaciable. Yo empiezo a preocuparme porque desde que entreno con la *choni* ando algo calentona.

Porque hacer el amor durante varios días con un hombre que podría ser mi hijo y con el que además me ha gustado mucho hacerlo y me encantaría repetir es realmente para preocuparse. ¿Estaré enfermando del mal de la *choni*?

Ella dice: «Me palpita la pepita», y a mí me pareció una ordinariez cuando lo dijo, pero creo que en determinados momentos yo también la noto palpitar.

¡Ochenta años! ¿Qué son ochenta años si estoy viva y la sangre me continúa ardiendo?

Joer, no sé si voy a tener que volver a confesarme.

Capítulo XVI

Mi prima

Hoy no tengo ganas de hacer nada; no me apetece ir al gimnasio, no quiero vestirme ni ducharme. Creo que lo que deseo de verdad es tumbarme a la bartola y dormir todo el día, a ser posible. Hoy es miércoles y mi agenda está en blanco; el día pinta negro con estas pocas ganas.

Bueno, ya veré. ¿Abro el ordenador para cotillear los correos? No me apetece leer nada de nadie. ¿Y LinkedIn? Ni siquiera eso me apetece.

Veremos si tengo algo divertido en los *wassaps*.

«Primaaaaaaa. ¿Dónde andas? Te llamo y no te encuentro».

Me siento en el sillón del salón y le escribo.

«Estoy superaburrida en casa, no me apetece nada».

«Pues yo estoy triste».

«¿Triste? Tú, que eres la mujer más optimista el mundo, la que todo lo ve azul. Vamos a ver, ¿qué pasa? Cuéntame. Te llamo».

—Mi marido me engaña. He encontrado en una página de la libreta que él usa para sus cosas un teléfono sospechoso, he llamado y era una tal Sandra con voz de jovencita que decía en el contestador: «No estoy en casa, deja tu número y luego te llamo».

—*Joer*, prima, no gano para sustos. Pensé que sería algo grave.

—Grave es. Es gravísimo, como digo. Parecía un sitio de citas.

–Pues será. ¿Y a ti qué te importa? A estas alturas de la vida y después de cincuenta años de matrimonio, creo que el hombre se merece algún capricho. Por cierto, ¿aún hacéis el amor?

–Qué cosas dices, Candi. Claro que no, a mí eso siempre me aburrió y no me gustaba hacerlo, así que hace ya bastantes años, cuando me puse los implantes, aproveché para decirle que podía coger una infección con esos besuqueos con lengua que daba. Porque no sé si sabes que la boca de los humanos está llena de bacterias, hongos y no sé cuántas guarradas más. Desde entonces no practicamos sexo.

No pude reprimir la risa; ella me oyó y se enfadó conmigo porque dijo que no la tomaba en serio.

–No es que no te tome en serio, es que el pobre debe de tener aún ganas de un consuelo.

–Claro, como tú te has librado de este engorro...

Me volví a reír, esta vez a carcajadas, y de nuevo se enfadó.

–Bueno, guapa, tranquilízate. ¿Qué piensas hacer?

–Demandarlo por vicioso.

–Eso no es causa de divorcio.

–¿Divorciarme yo? Ni lo sueñes. ¿Para qué? ¿Para dejarlo libre y que se vaya con otra enseguida? Nanay de la China.

–Entonces, ¿qué quieres?

–Desde que estoy hablando contigo, la tristeza se ha convertido en cabreo, no sé si contigo o con él.

–Mira, linda, a mí déjame en paz, que yo no te he hecho nada.

–Lo estoy pensando mientras te hablo. Me dijo Manuela que ella denunció a su marido por malos tratos, le han hecho la vida imposible a su esposo y encima le dan cada mes cuatrocientos euros, no sé por qué.

– Pero ¿para qué quieres tú cuatrocientos euros?

– No, si lo que yo quiero es castigarlo. No sé si por idiota, ya que se ha dejado el teléfono a mi alcance, o por vicioso.

– Pero ¿es verdad? ¿Te ha maltratado?

– ¡Qué va a pegarme ese! Si no es capaz de matar una mosca.

– Rosita, pues entonces no puedes decir mentiras ni ponerlo a él en un verdadero problema.

– Es que ya no me siento querida. Se va con otra, eso me humilla y entristece.

– Díselo.

– ¿Decirle que he rebuscado en sus papeles? Estás loca. Me mataría.

– Mira, Rosa, un consejito. Para empezar, no rebusques nada, porque si te enteras, pasa lo que te pasa ahora. En segundo lugar, si tú no quieres practicar sexo, comprende que a él le puede apetecer.

– Es que yo no quiero que se vaya con otra...

– Pues sé tú la otra y empieza a prepararte.

– ¿Prepararme para qué?

– Para hacer el amor.

– ¿Y cómo lo hago?

– ¿Te lo explico ahora o quieres que quedemos?

– Mejor quedamos. ¿Te va bien mañana a la hora del café?

– Si puedes, mejor hoy, que tengo el día libre.

Y vino. Apareció enseguida, justo después de comer. Traía los ojos rojos e hinchados por haber estado llorando. Yo me había estado preparando para la visita; necesitaba un buen decorado para decirle lo que quería. Elegí un traje ajustado y *sexy* que yo sabía que me quedaba bien, me puse medias negras y algo con medio tacón y me maquillé.

Puse especial cuidado en ello: elegí un blanco mate para debajo de la curva de la ceja, un rosa nacarado para el ángulo interno del ojo y un marrón oscuro para el párpado móvil; este color en el ojo siempre me ha favorecido, tengo unas pestañas larguísimas conseguidas con el Neulash que me aplico cada noche, y las curvé con los dedos una vez aplicado el rímel. Apliqué un ligero rouge en las mejillas y solo brillo en los labios. En conjunto se me veía estupenda y no se notaba que iba pintada; todo era discreto pero muy eficaz.

– Cándida, ¿cómo es que estás tan guapa?

– Porque me preocupo por gustar.

– ¿Gustar? ¿A quién?

– De momento a ti, pero también a mis pacientes y amigos.

– Yo no gusto a nadie; nadie me mira, nadie me dice nada.

– Pues ese es tu problema. No importa si estás gorda o flaca, ni si tienes barriga o cartucheras; lo importante eres tú y la cara que ofreces al mundo. Mírate al espejo. ¿Qué ves? Una cara de pena, ¿no?

– Sí.

– Pues es el momento de cambiar. ¿Tú quieres a tu marido?

– Síiiiiii – decía mientras el llanto volvía a aparecer en su rostro.

– Pues entonces, querida, tendrás que follar.

Dejó de llorar y me miró con cara de susto.

– Sí, amor, sí. FOLLAR. ¿Te gusta? –Y desabrochándome el vestido, le enseñé mi ropa interior.

– Es muy bonita.

– Vamos a ver tus bragas.

– ¿Qué les pasa a mis bragas?

– Pues que son espantosas, y además viejas. Vámonos de compras.

Y cogiendo mi bolso, tiré de ella con fuerza. Entramos en unos grandes almacenes de esos de lujo y nos dirigimos a la sección de lencería; elegí unos conjuntos de La Perla y nos metimos en el probador. Mi prima tiene unas buenas tetas; no son muy grandes, pero sí son aún turgentes y los sujetadores le quedaban de cine.

– ¿Cómo te encuentras?

– Me veo bien, pero esta barriga...

– *Joer*, tía, no tienes barriga. Métela, llévala siempre metida, que ella misma hará de faja y tensará con el tiempo tus músculos abdominales. Pero lo más importante, ¿te gusta verte?

– Sí. Pero esas bragas tan pequeñas que has cogido no me las voy a poner, son de putillas.

– Querida, no me fastidies, ahora todas usamos tanga. ¿Todavía no te has enterado de que el borde de las bragas con esa gomilla que lleva aprieta en medio de los glúteos y se produce un hueco en mitad del culo por la necrosis del tejido graso? Eso es debido a la constante presión sobre ellos de los rebordes de las bragas. Yo me di cuenta el día en que una paciente me enseñó los agujeros de sus glúteos y me pidió que se los rellenara. Desde aquel día, uso solamente tanga.

– Yo no tengo huecos en mis nalgas.

– Sí los tienes. Míralos ahí, uno en cada lado. Debes empezar a usar tanga desde hoy mismo.

Al final la convencí, no protestó al tener que pagar el alto precio de la lencería y nos fuimos tan contentas.

– Cándida, no sé por qué hacemos todo esto. Seguro que mi marido no tendrá ganas de nada. Además, aunque yo lo estimulara, es posible que él ya no pueda. Es muy mayor.

– Mira, rica, si tu marido frecuenta la casa de citas, tendrá ya arreglado ese problema que dices. Ahora hay muchas cosas, no te

preocupes. Y si no pudiera, no pasa nada porque los abrazos, besos y caricias también son muy reconfortantes. Además, con esto le realizas un buen *test*: si no se empalma es que no va a ningún sitio. Menos mal que mantienes el peso y conservas bastante bien el tipo pese a tus muchos años.

– Gracias a las broncas que me das con las cenas de proteínas.

– Pero bien que te premias con los desayunos.

– Faltaría más, a mí nadie me quita los placeres matutinos. Mi zumo grande, mis tostadas con aceite de oliva de primera extracción en frío, el tomate y una rica loncha de jamón de bellota. Todo eso unido al café con leche.

– Buen desayuno.

– Lo que me has enseñado.

– Bueno, a ver si continúas aprendiendo y hago de ti una perfecta amante de tu marido.

Mientras nos reíamos a carcajadas, nos terminamos las ricas tortitas con nata y sirope de caramelo con las que dimos por terminada la tarde de compras.

– Ahora a trabajar, que hay que preparar la encerrona para Pepe.

Nos metimos en mi baño y empecé las explicaciones.

– Pero ¿cuántos frascos tienes en el estante? ¿Para qué son? No querrás que compre todo esto, ¿no?

– En principio no. Nos apañaremos con las pinturas, después sí convendría que te fueras comprado todos estos potingues.

Una vez terminadas todas las explicaciones, mi prima se marchó bastante preocupada. Llevaba todas las recomendaciones anotadas en un papel. Me contó después que se había arreglado como yo le había dicho y que se puso el vestido ceñido de crepé encima de la vistosa y *sexy* lencería. Cuando su marido llegó para cenar, la encontró metida

en la cocina con un gran delantal tapándole el vestido, toda pintada y con tacones.

– ¿Vamos algún sitio que yo no sepa?

– No, simplemente que hoy hace sesenta años que hicimos el amor por primera vez y he querido festejarlo.

– ¿Cómo te acuerdas de eso?

– Porque en aquella época yo llevaba un diario.

– ¿Y por eso te has puesto así?

– Sí, hoy quiero recordarlo.

Me contó Rosa que su marido puso cara de susto y lo vio meterse en su despacho antes de sentarse a la mesa. Me dijo que la cena fue un éxito. Triunfó con la comida elegida, con el ambiente perfumado y la semioscuridad solo alumbrada por velas; al término de la velada, su marido la cogió dulcemente de la mano, la llevó a la cama y le hizo el amor como jamás antes se lo había hecho. Por primera vez en su vida, sintió placer.

– Cándida, ¡cuántos orgasmos fingidos durante toda la vida para encontrar el meollo de la cuestión a la vejez! Al final me pregunto si habré perdido el tiempo.

Capítulo XVII

Villafeliche

Hacía ya bastantes semanas que mi amigo Paco me había invitado a una acampada en Villafeliche, con un grupo de gente aventurera que había conocido a través de una agencia de viajes. Me contó entusiasmado que iba a ser un fin de semana fantástico, con música *highlife* y *reggae* en directo. También habría buena comida y mejor bebida. Insistió mucho en que lo acompañara porque me lo iba a pasar muy bien.

Acepté encantada. Nunca había ido de acampada y aquello me parecía fascinante. Dormir en el suelo, bajo las estrellas. ¿O sería en una tienda de campaña?

Llamé a Paco para preguntarle por el tema.

—No te preocupes, preciosa. Dormiremos en las tiendas, pero yo tengo la familiar de mis padres y podemos compartirla.

—Paco, yo ronco fuerte y no te dejaré dormir. Además, prefiero conseguir una para mí y descansar sola. Igual pedorreo, que tengo muchos gases y cuando duermes se escapan.

—Bueno, princesa, como tú quieras.

Conocí a Paco en las clases de inglés a las que acudí después de la jubilación. Era un muchacho guapo, moreno, con unos preciosos ojos verdes y la tez bronceada, con ese color dorado de la gente que practica deporte al aire libre. Debía de medir un metro ochenta o más.

Tenía un lindo cuerpo musculoso desarrollado a base de un duro trabajo en el gimnasio. Me llamó la atención desde el primer día.

Como cuando te haces viejo se acaban los complejos, él me confesó un día que era homosexual. Como dos buenos hermanos, empezamos a compartir cosas. Solíamos salir a correr juntos algunas mañanas; a veces, quedábamos para tomar una cerveza y charlar o ir al cine y al teatro. Era un gran conversador y nos divertíamos mucho los dos.

El día que me dijo que era homosexual me comentó que jamás había estado con ninguna mujer. Me confesó que las chicas le daban miedo y que prefería la amistad con mujeres mayores, como yo, porque con nosotras se encontraba a gusto.

La invitación de la acampada no me pilló por sorpresa. Él era así, sorpresivo, impulsivo y divertido.

Quedamos en que vendría, el día 28 dormiría en casa y saldríamos en mi coche hasta Villafeliche.

A mí me gusta preparar siempre las cosas con calma, así que, desde hace varios días, he ido colocando en una bolsa lo necesario. También he pedido a mi hijo su tienda de campaña, el saco de dormir, la esterilla y demás enseres necesarios para esta aventura. Jamás he ido de acampada, por eso me hace ilusión de verdad. He cogido un buen pijama de franela por si hace frío por la noche y un camisoncito coqueto por si hace calor por estas fechas.

Paco llegó el viernes. Mi ex estaba en casa, porque, aunque yo le había avisado de que me marchaba de acampada este fin de semana, él quiso venir para decirme adiós.

— ¿Dices que este hombre tan guapo es homosexual? — Sí.

— ¿Estás segura? — Sí.

— Bueno, tú sabrás. ¿No compartís tienda?

— No, yo llevo una que me ha prestado nuestro hijo.

– Bueno, ten cuidado.

– Lo tendré.

Nos despedimos con un beso. Como mi casa es grande, cada lechuza a su olivo y cada uno fue a ocupar su respectivo dormitorio. Esta mañana temprano nos hemos puesto ya en marcha.

Hay que llegar a Villafeliche antes de la una. Por el camino, fuimos hablando de nuestras cosas del trabajo, del tiempo y de las próximas vacaciones de verano. Llegamos a la zona de acampada y Paco montó las dos tiendas bastante juntitas, una al lado de la otra.

– ¿No tendrás miedo ahí solita esta noche? – No, claro que no.

– Si tienes miedo, me llamas.

– De acuerdo, te gritaré.

– No, no grites; quien se asustará seré yo. Simplemente me llamas.

– Vale, no te preocupes. No tendré miedo.

El día fue magnífico. Comimos y, sobre todo, bebimos hasta casi la extenuación. Allí se mezclaba todo: el tintorro, la cerveza y el ron con Coca-Cola. La gente se divertía de lo lindo. Nos hemos reído hasta que nos dolieron las mejillas. Al final, casi al amanecer, nos hemos ido a dormir. Paco me llevaba cogida de los hombros, casi abrazada. Yo me sentía bien porque me gustaban sus brazos sobre mi cuerpo.

– Tengo una botella de ginebra escondida en mi bolsillo. ¿Te apetece un poco antes de irnos a dormir? Te vendrá bien para coger el sueño en este duro suelo.

– Vale. Ya estoy medio borracha, pero total...

Entramos en su tienda y nos sentamos sobre la colchoneta, que ya estaba extendida en el suelo. Nos servimos la ginebra en unos vasos de plástico, sin hielo ni nada. Bebimos despacio, casi saboreándola.

– Cándida, amor, ¿te puedo pedir un favor?

– Tú dirás, cielo.

– ¿Me dejas abrirte la blusa?

– ¿Abrirla? ¿Para qué?

– Solo he visto los pechos de mi madre. Ella me dejaba tocarlos e incluso agarrarme a sus pezones, pero era tan vieja y sus mamas estaban tan vacías que parecían dos pellejos.

– Bueno, pero ya los has visto. Los míos son iguales.

– No, Cándida, los tuyos no están caídos.

– Pero bueno, ¿cómo lo sabes?

– Se te notan. Los veo, soy maricón, pero no ciego.

– Vale, te dejo. ¿Qué prefieres, desabrocharme tú la blusa o que me la quite yo?

– No, hazlo tú, como en las películas. Ve desabrochándola muy despacio. ¿Te puedo quitar el sostén?

– Mira, Paco, no me gusta nada esto.

– Por favor, Cándida, déjame ver tus pechos hermosos.

– Paco, son dos bolas de silicona.

– Da igual, Cándida. Yo necesito saber si me gustan las tetas de las mujeres.

Como en las películas, me quité el sostén y lo sostuve en el aire con una mano. La verdad es que en la oscuridad parcial de la tienda hasta yo los vi bonitos.

– Jesús, María y José. Me estoy poniendo cachondo, esto no puede ser.

– Paco, ya está bien. Dejémonos de juegucitos; ahora ya sabes si te gustan las tetas o no.

– Sí, Cándida, me ha gustado mucho.

– Querido, a ti lo que te hacía falta era una prima que te enseñara lo que debías haber aprendido en la niñez. ¿Nunca has jugado con las chicas a los médicos?

– No, no he jugado con chicas, solo con chicos. ¿Quieres que juguemos nosotros?

– Mira, cielo, estoy bastante borracha, pero lo suficientemente cuerda para no jugar contigo a nada.

– ¿Qué hacíais cuando jugabais a los médicos?

– No me acuerdo. Y dejémonos ya de historias. Vete a tu tienda, hasta mañana.

– Nunca más volveremos a tener esta oportunidad. ¿Por qué no quieres continuar?

– ¿Continuar? ¿Hasta dónde?

– Yo no tengo erección. Tócame y verás que estoy tranquilo. No hay ningún peligro, solo quiero saber.

– Pero ¿saber qué?

– Saber si de verdad soy homosexual o simplemente un cobarde que tiene miedo a las chicas. ¡Ayúdame, Cándida, por favor!

«*Joer, joer, joer.* ¿Qué demonios hago ahora, Señor? ¿Será esto una obra de misericordia?».

– Bueno, vamos a ver. ¿Qué quieres ahora?

– Quitarte las bragas.

– Jesús, María y José. ¿Cómo me vas a quitar las bragas? Además, no llevo bragas, sino tanga.

– ¿Tanga?

– Sí. Desde hace muchos años, llevo tanga porque no quiero que me salgan hoyuelos en los glúteos por la presión de la goma.

– Pero ¿alguien te ve el culo, pillina?

Me lo veo yo y es suficiente.

– Entonces, ¿me dejas o no?

– ¿Para qué?

– Ya te lo he dicho, para salir de dudas.

– Bueno, está bien. Te dejo.

Para la acampada me había puesto una falda larga abierta por delante y cerrada con una fila de botones.

Con la delicadeza de un cirujano, desabrochó lentamente todos los botones de arriba y la dejó caer a mis pies. Se arrodilló y, aún con el tanga puesto, acercó su boca. La fina tela de la prenda no impidió que el calor que salía de ella caldeara mi pubis.

Empezaba a ponerme mala.

«*Joer*, ¿cómo me puede pasar esto a mí?».

No fue necesario que me quitara el tanga. Volvió a subirme la falda, la abrochó con la misma delicadeza con la que la había desabrochado y, dándome un beso en la frente, dijo:

– Soy marica, Cándida. Maricón perdido.

Capítulo XVIII

Las piernas

He sido corredora durante bastantes años, he transitado por malos caminos y al final he pagado lesionándome la rodilla derecha, por lo que cuando tenía setenta y cinco años, tuve que ser intervenida de prótesis de rodilla. Cuento esto por la anécdota que surgió en el quirófano aquel día.

Yo soy una mujer presumida y coqueta; lo continúo siendo a pesar de haber cumplido los ochenta años, por eso me preparé días antes de la intervención.

Me preparé en el sentido de tener buen aspecto, pues el cirujano y sus ayudantes eran jóvenes y bastante guapos, así que no estaba dispuesta a estar destapada hecha una facha. Por ello, yo misma me hice un *thermage* de piernas sin ayuda.

El día de la intervención, cuando todavía no tenía ni sedación, estaba ya en quirófano y tenían tapado el campo operatorio con un biombo; de esa forma, los oía, pero no veía nada. De pronto, una voz masculina preguntó: «¿Alguien sabe la edad de esta mujer?». Una voz femenina respondió: «No, pero es joven». Después de un breve silencio, la primera voz dijo: «¡Oye, guapa! ¿Para ti cuándo se empieza a ser mayor?». Seguro que ya tenía mi ficha en la mano, pues en ella se declaraba que tenía setenta y cinco años.

Cuento esto porque es verídico y me parece divertido que una mujer pensara que yo era joven porque tenía unas piernas musculadas y una

piel firme y tersa. Me llenó de satisfacción, ya que la rutina del gimnasio y el *thermage* habían dado sus frutos.

Las mujeres somos terribles; nunca estamos contentas con nada, somos muy exigentes y crueles con nosotras mismas. Casi siempre nos vemos fatal. A la consulta acuden mujeres jóvenes para enseñarme unas piernas perfectas, pero ellas las ven feas, con arrugas en las rodillas y flacidez en la cara interna. Me cuesta mucho convencerlas de que las veo bien. Como ellas insisten, les recomiendo sesiones de Indiba, meso virtual con silicio DME o Conjuntil para esas arruguitas finas de la rodilla. Además, el Indiba les va a tensar esa incipiente flacidez de la cara interna.

De todas formas, yo siempre recomiendo hacer ejercicio físico. Unas piernas bien contorneadas se consiguen con buenos entrenamientos en el gimnasio y haciendo ballet; incluso con cualquier tipo de baile o saliendo a la calle a correr. También el yoga hace unas piernas preciosas y he visto resultados magníficos en mujeres que hacen taichí. Eso sí, hay que ser constantes. No es suficiente ir de cuando en cuando, no es bueno ir desmotivada a cumplir el expediente; es necesario saber a lo que vamos, por qué vamos y qué resultados esperamos.

Lo que a los treinta y cuarenta años es aconsejable y beneficioso, a partir de los cincuenta debería ser obligatorio. Toda mujer de cincuenta años debería decirse: «YO NO QUIERO ENVEJECER», y empezar así la rutina contra su deterioro. En este momento hablamos de las piernas

Si no podemos acudir a un gimnasio o a unas clases de lo que sea, hay que aprovechar la vida diaria y subir escaleras como mínimo. Debemos mirar qué cantidad de pisos somos capaces de subir e ir aumentando regularmente el número. No hay que quedarse parada sentada en el sillón. Cuando estamos apoltronadas delante del televisor con las piernas estiradas, podemos abrirlas y cerrarlas sin

doblar las rodillas hasta no poder más, descansar y luego hacer rotaciones desde la cadera con las piernas estiradas, hacia dentro y hacia afuera. No sé, pero inventaos ejercicios, que las mujeres tenemos mucha fantasía. Todo menos estarse quietecitas viendo cómo nuestros músculos están cada vez más blanditos.

Tampoco podemos mirar cómo nuestros muslos se llenan de abolladuras y ponernos a lamentarnos por lo mal que tenemos las piernas.

Lo primero es no dejar que lleguen a un estado deplorable; hay que empezar pronto y acudir a los centros especializados en estética para que te apliquen cualquiera de los muchos tratamientos que hay para paralizar o ralentizar el proceso de envejecimiento.

Valen radiofrecuencias como el Indiba o radiofrecuencias entrelazadas con otras energías, como los muchos equipos que hay en el mercado español: Vela Shape III, T-Shape...

No puedo dejar de mencionar aquí los *peelings* corporales, imprescindibles antes y después del verano, pero recomendables a lo largo del año con la frecuencia que te sea cómoda. Yo acostumbro a hacerlo una vez a la semana.

Como broche final, una buena crema.

No hay que escatimar en cosmética, pues tu piel necesita hidratación y nutrición. Si no compras comida de marca blanca, no uses cualquier producto que no sea de una buena firma avalada por su investigación, y no conocida simplemente por su *marketing*.

No debemos olvidar que adquirir un producto cosmético en la farmacia no es garantía de nada; simplemente, el fabricante eligió esa vía de comercialización porque pensó que le era más rentable. Otras firmas eligen supermercados, tiendas de cosmética o centros de estética. Lo más importante es dejarse aconsejar por una experta en

cosmética, que esté bien formada, no por una vendedora o dependienta.

Por ello, hay que informarse bien de los principios activos de la formulación, de la proporción y, sobre todo, de la garantía. Una vitamina C que no esté tratada para evitar la oxidación y no esté programada para llegar a la zona diana es una vitamina C estéril, que no sirve para nada. Para eso es mejor aplicarse directamente el zumo de limón.

Capítulo XIX

Campeones

«Cándida, no sé qué haces con el teléfono. Te llamo y no contestas, te envío *wassaps* y obtengo el silencio por respuesta. Por lo menos da señales de vida, porque no sé si estás viva o muerta».

Tengo el teléfono lleno de mensajes como este. Me escriben mi hermana, mi cuñada, mi hija, Pepón, mi ex. Todos igual. No sé cómo tengo que explicarles que yo trabajo, que mi agenda la hacen otros por mí, que estoy siempre trotando de acá para allá y que el teléfono es lo que menos me importa. Normalmente lo dejo en el interior del bolso y cuando estoy tranquila lo miro; lo suelo abrir en los trayectos del autobús y, sobre todo, lo miro de noche, cuando estoy cansada y me siento en mi sillón preferido a leer o a ver Intereconomía.

Mi vida es deliciosamente complicada. Yo vivo en un mundo de mujeres, casi no me relaciono con hombres. Ayer, sin embargo, tuve un paciente de *bótox*, pero lo normal es que sean mujeres las que acuden a mi consulta. Suelen tener entre treinta y cinco y sesenta años. Llegan siempre y preguntan qué les haría. Muchas veces les digo que nada, porque después de hacerles las fotos, veo que están estupendas y simplemente tienen miedo a envejecer; entonces les doy algunos consejos de belleza y las cito para dentro de seis meses. Otras veces, les realizo mis tratamientos estrella de *thermage* o *ulthera* porque son jóvenes que quieren paralizar el envejecimiento o ya son mayorcitas y lo que desean es volver a recuperar la imagen perdida, pero no quieren ni cirugía ni pinchazos. En esos casos, yo realizo el milagro.

«Cándida, ¿estás ahí? Te llamo y no contestas, te envío mensajes y lo mismo. ¿Dónde estás?».

No tengo más remedio que contestar, es mi cuñada Jannett.

«Dime, cielo, estaba ocupada. ¿Qué tal te encuentras?».

«Me encuentro estupendamente bien. ¿Sabes? Estoy entrenando con un cubano al que conocí en Colombia y estamos haciendo aquello que tanto me gustaba: ¡patinar! Y me sale muy bien. Osvaldo dice que soy una artista; no me caigo porque él siempre está al quite. De todas formas, aunque me cayera, con este almohadillado que tengo en la parte posterior y lateral de mi cuerpo, no llegaría a hacerme daño».

Como siempre, mi cuñada me deja anonadada. ¿Qué demonios estará haciendo?

¿Y quién será ese tal Osvaldo?

«Jannett, cielo, no me gusta lo que me cuentas. Debes tener cuidado, no creo que te convenga hacer patinaje a tu edad, y el almohadillado dudo que te libre de una fractura si te caes al suelo».

«Ya te he dicho que Osvaldo es mi guardián y no me caigo. Él dice que lo hago muy bien y que con el tiempo podremos participar como pareja en algún concurso. Ya sabes que esta era mi ilusión desde hacía muchos años. Los patines que tengo ahora todavía son de cuatro ruedas, pero pronto los usaré en línea. Estoy aprendiendo a pasos agigantados, ya verás cuando nos veas».

Después de esta conversación con mi cuñada, he descubierto que realmente la vejez es cuando entierras tus ilusiones, tus sueños; cuando dejas de tener proyectos e ideas, cuando ya no deseas aprender nada nuevo, cuando tu vida es monótona y aburrida. Es en esos momentos cuando la vejez cae como una losa sobre las personas.

No sé por qué, pero hoy me he levantado filosófica. Aparte de definir la vejez, me he dado cuenta de que ha sido una suerte haber

nacido mujer. No entiendo a esas mujeres que quieren ser iguales que los hombres. Igualdad en derechos por supuesto que sí, pues somos iguales porque pertenecemos a la especie humana y tenemos los mismos derechos y obligaciones. Pero en la forma de ser... ¿Qué quieres que te diga? Me gusta ser mujer.

¿Te imaginas a un hombre que quiera aprender a patinar con noventa años?

¿Cuántos hombres ves en la universidad haciendo una carrera después de haberse jubilado? Hombres algunos, mujeres muchas.

Me encanta ser mujer. Me gusta mirarme al espejo por las mañanas, verme aún hermosa y empezar mi ritual diario de belleza.

Me gusta vestirme con colores brillantes, ponerme tacones y salir simplemente a pasear o a tomar un café en la terraza de un bar. No me importa estar sola, ya que estoy conmigo misma, porque además soy mi mejor amiga y me acompaña siempre mi imaginación

Por otro lado, tengo la suerte de continuar trabajando en lo que me llena, me gusta y me obliga a estar siempre bien informada, leyendo, estudiando o asistiendo a congresos y reuniones.

¡Qué suerte haber nacido mujer! ¡Somos capaces de ver la vida de colores en medio de un día gris!

No hay penas que cierren nuestra boca para un pequeño intercambio de palabras y sonrisas entre nosotras. Somos capaces de entablar conversación con la dependienta que nos vende unos hilos o con la camarera que nos hace un buen café. Y nos reímos; nos reímos siempre entre nosotras por cualquier tontería. Yo creo que es precisamente esta faceta social la que nos hace ser más longevas que los hombres.

Me acaba de llamar mi hermano Felipe, que tiene tres años menos que yo, aquejado de asma. Me pregunta:

– ¿Qué ejercicios haces para bajar tripa?

– Para bajar tripa nada.

– Es que ahora me muevo menos, y al no gastar calorías me ha salido tripa.

– Mira, hermano, parece mentira que hayas estudiado Medicina. Hablas como los paletos. ¿Qué es eso de tripa?

– Perdona, Candi, hablaba de forma coloquial.

– Un profesional de la salud no puede utilizar ese lenguaje vulgar.

– Bueno, pues dime: ¿Qué haces tú para tener un abdomen plano?

– Hermano, yo tengo una rutina de trabajo en el gimnasio, al que acudo regularmente. Hago ejercicios de cardio al empezar, luego estiramientos, y más tarde de tonificación. Trabajo un grupo muscular cada día excepto los abdominales, lumbares y glúteos, que los hago todos los días porque necesito tener fuertes todos los músculos de la zona media, pues sostienen en su sitio las vértebras lumbares. De esa forma, no tengo problemas con ellas, ya que son las mayores productoras de dolores en la espalda y las que consiguen que tu abdomen esté plano.

– Vale, chatina, entendido. Gracias, así lo haré.

¡Hombres!

Hace años, una amiga, profesional de la investigación, me dijo muy seria:

– ¿Te has dado cuenta de que la culpa de la diferencia entre ambos sexos la tiene la pérdida del rabito de la X?

– ¿Qué rabito? – pregunté yo sorprendida.

– ¿No te acuerdas? Nosotras somos XX y ellos, como perdieron parte de la X, se transformaron en XY, por eso son tan deficientes.

Eso fue hace bastante tiempo. Me hizo tanta gracia que no lo he olvidado, y siempre que lo recuerdo me río. Además, ella mantenía la

teoría de que, si las mujeres siempre están llevando la contraria a sus maridos, es porque ellos no dicen más que tonterías, por eso hay que corregirlos constantemente. ¡Menuda tarea tenemos! Reconoció que menos mal que al final te das cuenta de que tu marido no es tu hijo y lo dejas que yerre cuanto quiera; es entonces cuando llega la paz.

Como teoría tiene gracia.

En mi experiencia vital, me he encontrado con muchos hombres que realmente viven obsesionados únicamente con la función de la conservación de la especie que les encomendaron. Sin embargo, otras muchas veces he convivido o me he relacionado con hombres magníficos a los que he admirado, pero NUNCA, NUNCA me habría gustado ser como ellos.

Hace unos días, durante un viaje en tren a Valencia, compré en la librería de la estación un libro sobre la longevidad en Japón. Era una colección de entrevistas de la periodista con las personas de más de cien años, y la mayor parte eran mujeres. Hubo especialmente una que me llamó poderosamente la atención: una señora que ganó la medalla de oro en natación a los ciento cinco años. Estuvo más de una hora seguida nadando mil quinientos metros de distancia, pero lo más asombroso es que empezó a realizar esta actividad cuando tenía noventa años.

Yo nado fatal. He tenido bastantes profesores particulares de natación que me han vigilado durante mis sesiones de natación porque tengo miedo al agua. Han conseguido que tenga una buena técnica, pero continúo agarrándome al borde de la piscina en cuanto veo que hay mucha agua. La lectura de esta historia me ha motivado, y durante estas próximas vacaciones de verano tengo que vencer el miedo y nadar sin la protección del profesor en la zona en la que el agua me cubre. Si ella pudo, yo también. ¡Veremos! Incluso voy a intentar nadar en mar abierto. ¡Qué miedo, mamá!

Llamo a Jannett por WhatsApp.

Lo vuelvo a intentar y al final responde.

– ¿Qué tengo que hacer cuando entre en el mar y quiera nadar por la parte honda?

– No pensar en otra cosa que no sea conseguir lo que quieres: llegar a la boya, al barquero o, si lo prefieres, hundirte como una piedra.

– No, no, yo quiero perder el miedo.

– Pues entonces, amor, llévate desde el principio un salvavidas humano. Y si es guapo, mejor.

Esta mujer es increíble. Siempre está de broma.

– Ja, ja, ja. Siempre estás de broma.

– Hermosa, nosotras a nuestra edad no tenemos ya nada que perder. Disfruta la vida, date todos los gustos que puedas y no te prives de nada.

– Para mi octogésimo cumpleaños quiero volver a tirarme en paracaídas, pero esta vez tengo que decirle al compañero del tándem que no abra el paracaídas hasta el límite, porque la caída libre es espectacular. Luego con el paracaídas abierto es como si fueras en avión; así ya no tiene gracia. Esta vez diré que no me graben en vídeo, sino que me hagan fotos, que es más fácil compartirlas. Tendré mucho cuidado de no abrir la boca, porque como se llena de aire, parecía que era un hámster. Yo quiero salir bien guapa. Que se me vea bien, tengo que subir todas las fotos a Facebook y a LinkedIn. ¡Faltaría más!

– Continúas igual de locuela que cuando te conocí, y entonces tenías veinte años.

– No, Jannett, ahora estoy mucho más loca y más viva que entonces. Tengo un montón de años para disfrutar mi vida .

– ¿Cuántos dices?

– Yo pienso vivir más de cien años, como los japoneses. He de comer poco, despacio y trabajar mucho. Dicen que hay que disfrutar

del día, del sol, de la lluvia y del viento si hace falta.

– Te auguro un bonito final. Buenas noches, princesa.

– Buenas noches, Jannett. Tengo mucho trabajo pendiente, mañana salgo ya para París.

– ¡Que te lo pases bien! Ya sabes, cada segundo debe ser un mundo. ¡Vívelo en profundidad y no desperdicies nada! Un beso, disfruta en París.

Capítulo XX

París

Todas las escenas vividas en los últimos tiempos me estaban descolocando completamente. Ya no era la misma, había dejado de ser la mujer tranquila de siempre; lo peor de todo es que había vuelto a interesarme el sexo, pues estaba deseando que llegara Pepón y empezar la fiesta. Tres días. Sí, tres días con un hombre joven que seguramente sería incansable. Todo tenía que ser perfecto.

Llego a París el miércoles, dos días antes de la cita. Quiero tenerlo todo bien preparado para que nada salga mal.

La casa de Jannett está perfecta: limpia, ordenada y hasta han dejado un ramo con trece rosas rojas en el salón. En la gran cama del dormitorio principal han puesto sábanas blancas de seda natural. Jannett siempre fue una sibarita; ella dice que hacer el amor en sábanas de seda proporciona un placer especial porque la suavidad y la frescura que aportan dan al juego amoroso sensaciones inigualables.

Miro la nevera y compruebo que hay suficiente *champagne* francés enfriándose como para abastecer un regimiento. Me parece estupendo.

El ambiente está estratégicamente perfumado; han colocado perfumadores con suave olor a rosas en el dormitorio y en el baño, bordeando toda la enorme bañera enclavada en el suelo han puesto flores y velas aromatizadas con leve fragancia de *lemon grass*. Ese perfume me encanta porque huele a campo, a naturaleza. Hay

pequeños montoncitos con diminutas toallas de lino blanco por aquí y por allá que dan aspecto *hollywoodesco* al baño.

¡Menuda fiestorra voy a montar aquí!

Recuerdo haber oído en alguna película que en los encuentros románticos no podían faltar unas fresas porque dicen que son afrodisíacas. Además del champán francés, claro.

Encargo por teléfono para el viernes fresas y lágrimas de chocolate suizo. Estoy decidida, esto tiene que ser lo más de lo más.

No sé cómo andará mi camionero de furor sexual. Por eso, siguiendo el consejo del farmacéutico, he hecho acopio de Viagra; aunque sea joven, tres días son muchos días y es conveniente mantenerlo en perfectas condiciones, y para eso nada mejor que una pequeña ayudita.

El jueves salí de compras. Quería tres conjuntos diferentes, uno para cada día, y deseaba que fueran *in crescendo*, de más suave a más atrevido. Estamos en París, así que vamos a la guerra.

Después de visitar varios establecimientos de lencería fina, me decidí. Para el primer día elegí un conjunto en rojo sangre que llevaba incluso relleno en la parte baja del sujetador, lo que hacía aún más atrevida la imagen. Mis abultados senos siliconados asomaban sin ningún tipo de pudor por la pequeña parte alta del sostén. ¡Quedaban espectaculares mis tetorras! Para la parte baja, elegí una minibraga — que no tanga — que dejaba ver, semiescondidos bajo la blonda roja, mis maravillosos glúteos. El conjunto era inenarrable, casi de revista porno. El tejido era pura seda. Para el segundo encuentro amoroso, elegí algo más inocente: una camisola de encaje y tul de color carne, sin relleno ni sostén, como si perteneciese a una colegiala. Ese día sí que llevaría puesto debajo un minitanga de color carne completamente transparente, que dejaba ver claramente el vello oscuro que aún cubre mi sexo. Para el último día, como broche final, el conjunto era completamente negro. Estaba compuesto por una

camiseta transparente ceñida, sin encajes ni ningún tipo de adorno; era casi monjil, diría yo, si no fuera por lo transparente. Llevaba una especie de velcro por delante que se abría al tirar desde abajo, dejando al descubierto el miniconjunto en negro de tanga y sujetador que alternaba zonas descubiertas con zonas más densas, en las que se intuía más de lo que se veía. Dos grandes brillantes tapaban los pezones y unos labios en rojo abrazaban mi pubis. Aunque estuviera agotado, seguro que el conjuntito le levantaría el ánimo a mi camionero.

El viernes por la mañana visité el salón de belleza con *spa* que conocía de otras veces.

Fue una decisión acertada porque salí como nueva: bañada, perfumada y con el pubis depilado. Yo, aunque sea vieja, conservo casi todos los pelos de mi pubis. No hay nada peor que una anciana con el pubis pelado, y desde que empecé con la historia de Pepón, que de eso hace ya bastante tiempo, me aplico cada noche Minoxidil para que desaparezcan las pequeñas calvas, pues quiero tener el mismo vello que tenía de joven. Aunque hoy me lo han depilado, han dejado solo la zona de los labios mayores bien repoblada. Dijeron que ahora se lleva así el pubis.

Sobre las tres de la tarde, regresé dispuesta a esperar a mi... ¿lo puedo llamar amante? Sí, creo que sí. Va a ser mi amante durante tres días.

No me había dado cuenta de que tenía el teléfono apagado. Lo enciendo y me esperan tropecientos mensajes, como siempre.

«Candi, preciosa, no te olvides. Mañana levántate tarde para estar despejada por la noche. Tómate varios cafés de tipo italiano para estar bien despierta y no olvides ponerte la crema perfumada que te he dejado preparada en el baño».

Y bla, bla, bla.

Esta Jannett jamás olvida la jerarquía. Apoyándose en los diez años que me saca, sermonea, sermonea y sermonea.

Aunque soy una novata en cuestiones amorosas, ya voy cogiendo práctica de nuevo y creo que lo estoy haciendo bastante bien. He comprado la ropa, la comida, la bebida y he preparado mi cuerpo en un centro de belleza. Casi soy una profesional.

Pero se me ha olvidado algo importante: ¿qué tengo que hacer yo en el acto amoroso? ¿He de estar quieta y dejarme hacer cual virgen inexperta? ¿He de ser activa? Pero ¿cómo de activa? Porque con Adrián no hubo problema, todo fue improvisado, rápido; él dirigió todo el cotarro y yo solo tuve que dejar hacer. ¿Y Pepón? Esto debe ser una fiestorra por todo lo alto y yo tengo que estar a la altura.

Llena de dudas, decido preguntar al único experto que conozco en estas materias: mi marido –bueno, mi ex, que se me olvida –, así que decido llamarlo. No sé cómo plantearle la cosa.

Contesta tras varios timbrazos

–Hola, Candi. ¿Qué tal estás? ¿Cómo es que me llamas? ¿Qué necesitas?

–Estoy algo preocupada.

–¿Preocupada por qué?

–Porque voy a seducir a un hombre y no sé cómo hacerlo.

–¿Qué dices? No te oigo bien.

–Que me voy a acostar con un hombre.

–Y me llamas para decírmelo.

–No, no. Es que no sé cómo hacerlo.

–¿Qué es lo que no sabes?

–No sé lo que hay que hacer para hacer el amor.

–No te preocupes, él sí lo sabrá.

– Lo que yo quiero saber es mi papel. ¿Qué hago? ¿Me quedo quieta y lo dejo hacer? ¿Tomo yo la iniciativa y voy haciendo?

– Mira, querida, tú lo hacías muy bien conmigo. Eras una buena experta, relájate y verás cómo enseguida sabes qué hacer.

– *Joer*, tío, como siempre no me ayudas nada.

– Cándida, guapa, simplemente sé tú. Déjate llevar por el momento, lo harás muy bien. Desde luego, nunca pensé que tendría este tipo de conversación con mi mujer.

– Con tu ex, guapo. No soy tu mujer.

– Los papeles dicen que eres mi mujer.

– Bueno, no importa que lo digan. Los dos sabemos que no.

– Pensándolo bien, ¿por qué no vienes y practicamos? Como eres tan beatorra, lo nuestro no sería pecado. Anda, ¿por qué no vienes?

– No te puedo aguantar. Ni se te ocurra acercarte a mí cuando vengas a casa otro fin de semana. Esto de hoy es un experimento para un trabajo que estoy haciendo sobre la vejez y la sexualidad.

– Ah, ya me extrañaba a mí que tú a los setenta y nueve años fueses a engatusar a un jovenzuelo. Además, te recuerdo que, si lo haces, eso sí que sería pecado. ¿Lo has pensado?

– Vete a la porra. Adiós.

Al colgar, el teléfono parpadea. Abro WhatsApp.

«Amor, ¿cómo estás? ¿Has llegado bien?».

Es Pepón. Estoy tan enfadada después de la conversación con mi ex que me dan ganas de cortar la comunicación.

«Sí, ya estoy en casa, te estoy esperando. Es en rue Saint Honoré 25, ático. ¿Tardas mucho?».

«Menos de una hora, ya estoy en París. ¿Hay *parking*? He venido con la moto».

«No, no hay parking».

«Bueno, pues tardaré algo más. Tengo que encontrar aparcamiento».

Menos mal que se va a retrasar, así me dará tiempo a serenarme un poco y cambiar la cara de mala bestia que debo de tener.

A las siete y diez más o menos, tocan a la puerta. Esbozo mi mejor sonrisa y abro. Allí está él, plantado en el rellano, sucio, despeinado, vestido de motero, con el casco en la mano y en la otra una pequeña mochila.

–Perdona, corazón, pero me apetecía enormemente venir en moto desde Madrid. ¿Puedo pasar al baño?

Ni un beso, ni un «buenas tardes». Ellos siempre así; presentarse en un encuentro amoroso de esa guisa, todo sucio y sin equipaje. ¡Hombres! Siempre igual.

Cinco minutos más tarde, sale del baño con la cara y las manos lavadas.

Me abraza con fuerza. Con sus grandes manos aprieta mis glúteos, aplastándome literalmente contra su cuerpo. «Esto empieza genial», pienso yo mientras me separo con suavidad.

–No, no. Es un poco pronto para tanta violencia. Cálmate, tenemos tres días para nosotros. Ven, siéntate aquí en el sofá y cuéntame tu viaje.

–Mira, preciosa, lo que quiero es comer. ¿No tienes nada comestible por ahí? Tengo un hambre devoradora, y si no me dejas comerte, tendré que comer otra cosa.

En las películas no dicen estas cosas tan prosaicas y yo no había caído en estos pequeños detalles, así que solo tenía fresas, champán y chocolate.

– Bueno, preciosa, vamos. Te invito a cenar.

Y fuimos a cenar.

Tuvimos que ir a un chiringuito de mierda porque en todos los restaurantes a los que nos acercábamos nos decían que era necesario llevar corbata y chaqueta para cenar. Pepón, que es un hombre con aspecto tranquilo, cada vez estaba más nervioso y hambriento, así que al final desistimos de los restaurantes más o menos elegantes y terminamos en los barcos-restaurantes del Sena.

Dos horas más tarde y aún en el restaurante, comencé a sentirme mal. Me dolía el estómago, tenía náuseas y tiritaba sin cesar. Desde allí mismo llamaron a la ambulancia. Terminé desnuda, tumbada en una camilla y con el goteo puesto. Las ostras me habían sentado mal, por lo que pasé toda la noche del viernes en el hospital.

El sábado por la mañana, me dieron el alta tras el previo pago de una sustanciosa cifra que abonó sin rechistar el pobre Pepón, pues yo no había cogido el bolso para ir a la cena.

Cogimos un taxi en la puerta del hospital.

Durante todo el trayecto no hablamos, él tenía la cara blanca y descompuesta; no sé si por la noche sin dormir, por las ostras de la cena o por el dinero que había tenido que pagar.

Desconozco la situación económica de este hombre. Por lo que me había contado, él era un empresario del transporte; la separación le había salido cara, pues había perdido la empresa, los camiones y la casa. Solo le quedaban una moto grande, un viejo BMW y el camión con el que se ganaba la vida.

Lo estuve pensando mientras nos acercábamos a casa.

– La factura del hospital la voy a abonar yo cuando lleguemos a casa. Tú no tienes la culpa de que me intoxicara con la cena. No pude pagar en el hospital porque sabes que no llevaba bolso, pero no quiero que lo afrontes tú.

—No es necesario, preciosa. Me puedo permitir el lujo de invitarte también a una noche en un hospital francés.

Pese al cansancio que se reflejaba en nuestras caras, nos reímos al unísono.

Llegamos al dúplex casi a mediodía. Pepón me acostó en la cama, que estaba preparada para la gran fiesta. Me tapó con las sábanas de seda —estaban heladas— y me dejó allí sola.

—Yo también estoy muy cansado, es mejor que duerma un poco y luego más tarde nos vemos. Todavía nos queda esta noche. —Y dándome un beso fraternal en la frente, desapareció por la gran puerta doble del dormitorio.

Me levanté a buscar algo más caliente para cubrirme y me sumí en un profundo sueño, aunque antes oí en la parte superior del dúplex a Pepón preparándose también para dormir.

Un trompazo en la puerta de entrada, seguido de unos chillidos y risas, me despertó.

—Chicos, chicos, que estoy aquí. ¿A que no me esperabais? Os he traído un jueguito erótico que compré en Colombia. ¿Dónde estáis tan calladitos? Supongo que ya estaréis cansados de tanto mimo y tanto amor. Ya es hora de algo más fuerte, ¿no os apetece? He traído champán francés del bueno y unas fresas. ¿Os gusta la combinación del champán y las fresas?

La loca de Jannett había entrado en la casa como un torbellino y blandía algo en la mano mientras se abalanzaba hacia el dormitorio.

—¿Qué haces ahí sola? ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

—No, querida, me he puesto mala. Tengo diarrea, calambres musculares y ganas de vomitar.

—¿Y Pepón?

—En la habitación de invitados.

La oí subir al piso de arriba y abrir la puerta del cuarto donde dormía Pepón. Conociendo a mi cuñada como la conozco, decidí no ser testigo de nada, así que me vestí, cogí mis cosas y desaparecí sigilosamente.

Me contó mi cuñada varios días después que Pepón se comportó como un verdadero hombre, un auténtico macho ibérico de los de antes. No necesitó tomar Viagra, pues estuvo perfecto hasta el final. Parece que fue un buen final, y ya en la madrugada del domingo le dijo:

–Nena, tengo que irme, que mañana trabajo. ¿Cómo quieres la factura, con IVA o sin IVA?

–Como tú comprenderás, le dije que sin IVA porque esa factura no creo que la pudiera desgravar.

Índice

- [Capítulo I: La cita 9](#)
- [Capítulo II: El cambio 17](#)
- [Capítulo III: La noticia 25](#)
- [Capítulo IV: Pepa, la peluquera 33](#)
- [Capítulo V: Culos 41](#)
- [Capítulo VI: El tren 47](#)
- [Capítulo VII: La confesión 53](#)
- [Capítulo VIII: Alcalá Meco 61](#)
- [Capítulo IX: Marbella 67](#)
- [Capítulo X: El beso 75](#)
- [Capítulo XI: En Urgencias 83](#)
- [Capítulo XII: El despertar a la realidad 93](#)
- [Capítulo XIII: ¡Ligando! 105](#)
- [Capítulo XIV: Trece rosas rojas 111](#)
- [Capítulo XV: Sangre caliente 115](#)
- [Capítulo XVI: Mi prima 121](#)
- [Capítulo XVII: Villafeliche 131](#)
- [Capítulo XVIII: Las piernas 139](#)
- [Capítulo XIX: Campeones 145](#)
- [Capítulo XX: París 155](#)